

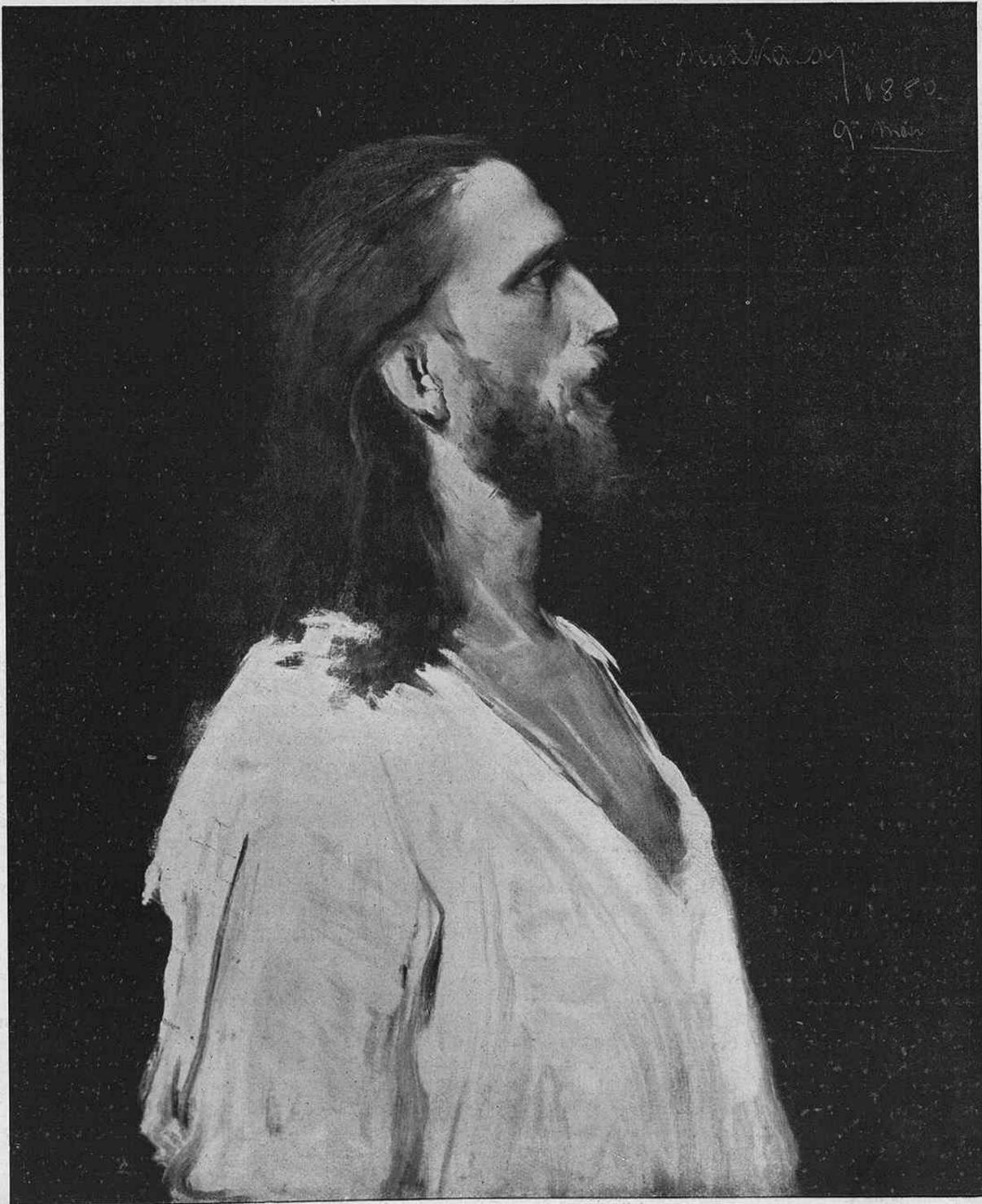
# La Ilustración Artística

AÑO XXIX

← BARCELONA 21 DE MARZO DE 1910 →

NÚM. 1.473

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA



CRISTO, cuadro de Munkaczy

(Reproducción autorizada por la casa C. Sedelmeyer, de París.)

## ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos a los señores suscriptores a la **Biblioteca Universal Ilustrada** el primer tomo de la serie de 1910. Dicho tomo es

JORGE WASHINGTON, ÍNTIMO

APUNTES HISTÓRICOS Y ANECDÓTICOS DE SU VIDA  
Y DE SU ÉPOCA

y ha sido escrito en presencia de las obras de Sparks, Guizot, Spéncer, Greely, Leicester y otras, presentándose en él un estudio ameno, verídico e interesantísimo de la familia, de la educación, de la vida social, de los amigos y enemigos de Washington, y de éste como militar, como político, como agricultor y como propietario.

El tomo va ilustrado con reproducciones de retratos y dibujos de la época.

## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La última misa*, cuento de A. Dourliac, ilustrado por Luisa Vidal. — *Arte cristiano. Descubrimientos prehistóricos en Cerdeña.* — *Cincuentenario del natalicio del pintor suizo A. Zorn.* — *La propaganda ibero-americana en París.* Conferencia de D. M. Lineras Rivas. — *Barcelona. Exposición de aeronáutica.* — *Aeroplano mixto César.* — *Espectáculos.* — *Aje írez.* — *El fantasma de la Opera*, novela (continuación). — *Barcelona. Salón París. Exposición de obras de arte.* Libros. **Grabados.**— *Cristo*, cuadro de Munkacz. — *Crucifixión*, cuadro de A. Keller. — *Piedad*, cuadro de O. Zwintscher. — *Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César*, cuadro de E. Pöhl. — *Cristo y las Santas Mujeres*, cuadro de R. Seuffert. — *Piedad*, cuadro de Hartmann. — *Mater Dolorosa*, cuadro de Echler. — *Piedad*, cuadro de Smits. — *Descubrimientos prehistóricos en Cerdeña* (cuatro fotogramas). — *A. Zorn. Escuela de pintura.* — *Aldeana sueca. Junio al arroyo;* cuadros de A. Zorn. — *Grupo de retratos*, cuadro de F. Ha's. — *Costumbres de Val di Rose*, dibujo de Pellegrini. — *D. M. Lineras Rivas.* — *Aeroplano mixto César.* — *Barcelona. Exposición de aeronáutica.* — *Barcelona. Salón París. Exposición de obras de arte* (cuatro fotogramas). — *Cristo llorando*, cuadro de Montagna.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cantó Alfredo de Musset, refiriéndose a la libertad:

«On dit que quand ce grand fantôme  
est verrouillé,  
il a l'air triste, comme un tome  
dépareillé.»

O, para traducirlo al idioma de Cervantes: «Cuan do á esta fantasmona se la encierra, dicen que está más triste que un tomo descabalado.» La comparación es graciosa: no hay, en efecto, nada tan melancólico como una obra á la cual le falta un volumen.

Los aficionados á libros conocemos bien esa impresión desagradable, hasta insufrible, del descabalamiento, que tantas veces es consecuencia de nuestras detestables costumbres bibliográficas. El hábito de prestar libros causa la mitad de los descabalos que vemos con grima y rabia, porque no hay manera de remediar el mal, y un libro descabalado produce desazones que no produce un libro perdido, regalado ó robado definitivamente.

No falta, sin embargo, quien sostenga opiniones opuestas á la que acabo de expresar. Algunos afirman que, de cada libro, sólo hay dos ó tres páginas interesantes, donde se contiene la substancia de la obra; por lo cual existe una variedad de coleccionistas que se dedican, en las bibliotecas, á recortar esas dos ó tres páginas, sutilmente y con tijera fina, formándose una librería escogida y de poco peso, fácil de transportar en un baúl. Yo repruebo el atentado de estos monomaniacos, pero su idea no deja de encerrar cierta filosofía.

Lo último que se le ocurre hacer á un español con un libro, es comprarlo. Y quizás alguien suponga que lo último que se le ocurra es leerlo; pero yo protesto, en nombre de la ilustración de mis compatriotas. Leerlo todavía sucede que se piense; comprarlo es lo raro é insólito. Y, dado que no se compra, si se quiere leer, es fuerza acudir al desacreditado, pero eficaz sistema del empréstito. Y si se logra el empréstito y el libro gusta, se sigue inmediatamente el *pise*, ó sea la adquisición fraudulenta, ya simulando olvido, ya alegando pérdida, ya en forma franca hasta el cinismo, como la que empleó conmigo un señor muy estrambótico de Marinada, al cual tuve la impremeditación de prestar *La unidad de las fuerzas físicas*, del padre Secchi, y que, después de haberle leído, me dijo sin ambages que pareciéndole bien la obra, se quedaba con ella, y que serían estériles las tentativas que yo hiciese para recobrarla.

Las teorías más audaces del comunismo y de cuantas escuelas niegan el derecho de propiedad individual, las vienen practicando sin ruido los bibliórrapos. Hombre hay que no cogería una migaja de pan que no fuese suya, y *pisa* libros con la misma serenidad con que se caza un grillo en verano. Los libros demuestran aquel axioma (emitido no recuer-

do por quién) que enseña que todo el mundo nace propietario y ladrón. La kleptomanía, esa invención elegante, ese eufemismo del lenguaje moderno, que busca nombres coruscantes para las cosas feas, existió entre los aficionados á libros desde que los hubo, y si no me equivoco, en las obras de Cicerón se encuentran ya referencias á este achaque.

En gran parte, probablemente, la costumbre de pedir libros prestados depende de la escasez, malas condiciones y casi absoluta inutilidad de las bibliotecas públicas. Si en éstas se pudiese leer fácilmente lo que interesa, poco á poco se establecería el hábito de satisfacer allí legítimas curiosidades, necesidades mentales que honran á quien las siente. Pero ¡ahí es nada el trabajo que supone leer en una biblioteca pública!

En primer lugar —y ahora me concreto á Madrid— si en una capital grande —no me atrevo á decir una gran capital— existe sólo una Biblioteca pública, es casi lo mismo que si ninguna existiese, sobre todo para los que no viven cerca del edificio. En ir á la Biblioteca se pierde media hora, una hora, y es quizá todo el tiempo de que se disponía para dedicarlo á la lectura. La Biblioteca es enorme; sus escalinatas, sus pórticos, desalientan y cansan de antemano. Las complicadas fórmulas de petición y obtención del libro también hacen perder un tiempo precioso. Las horas á que la Biblioteca se cierra son una espada de Damocles, pronta á cortar á cercén la sesión de lectura. La Biblioteca Nacional de Madrid se cierra, en invierno como en verano, á las cuatro de la tarde. Es decir, para que sea estricta la verdad, se cierra á las tres y media, porque esa es la hora en que comienzan los preparativos del cierre, y empezados los preparativos, ya no se puede leer con tranquilidad un renglón.

Claro es que la gente que tiene que ganarse la vida por la mañana, no puede leer nunca en la Biblioteca Nacional. Ese tesoro bibliográfico es absolutamente lo mismo que si no existiese, para el caso de su incorporación á la mentalidad de nuestro pueblo —y entiendo por pueblo á todos los españoles, y naturalmente á las españolas.

Haría falta, por lo tanto, reformar las horas de lectura y crear Bibliotecas establecidas en cada barrio de Madrid, en locales muy accesibles, á planta baja, si se pudiese, abiertas desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche, y en las cuales los libros de interés actual estén á disposición de cuantos los soliciten.

No vacilo en decir que hoy por hoy, la Biblioteca más útil de Madrid es la del Ateneo, por ser la que más se acerca al tipo de las Bibliotecas cómodas, fáciles y de prolongada sesión. Claro que está reservada á los socios, y las Bibliotecas cuya necesidad encarezco estarían abiertas á todo el mundo. Además exigirían estas Bibliotecas un Catálogo impreso, consultable á cada minuto. Porque el sistema de las papeletas lo tengo por la peor rémora que á la lectura se ha puesto, y se diría que no tiene más fin que retraer á los lectores y estudiosos.

Las papeletas serán convenientes para auxiliar á la formación del Catálogo; pero nunca puede substituirlo, porque el hecho de consultarlas devora quizás el poco tiempo disponible. ¿Por qué no tienen Catálogo las Bibliotecas oficiales? No se concibe que casas y establecimientos comerciales de librería lleven al día sus Catálogos, con bastante amplitud y con toda clase de indicaciones bibliográficas, y las Bibliotecas del Estado no puedan haber empezado el suyo, tras de largos años y con personal que ha de ser por fuerza inteligente. Lo que hace cualquier librero de viejo, un Vindel, un Rico, ¿no podrá hacerlo la nación, que tiene su presupuesto suficiente para este ramo?

Y sin embargo, los años pasan, y nunca se ve ni el anuncio de ese Catálogo, que sería la llave de tantas riquezas, hoy muertas, estériles para la cultura.

La afición á leer, tan noble como provechosa, necesita llegar al grado heroico para luchar con los impedimentos que se le oponen. Mientras, en la librería, los engendros más detestables se ofrecen por cantidades mínimas, en las Bibliotecas se diría que un celoso dragón vigila para impedir el acceso. La mentalidad de un pueblo se constituye con sus lecturas, como la sangre de los individuos se forma de la nutrición que ingieren. Y no cabe duda, el Estado, en este particular, al no proporcionar los medios de leer lo bueno, conspira contra la apropiación de la cultura, favorece el embrutecimiento nacional.

Aunque en proporciones reducidas, España empieza á aficionarse á leer. Acechan este despertar de un instinto los industriales, para colocar ediciones y ediciones de fárragos atroces, donde sufren pasión y muerte el sentido común, la literatura, la verdad y la ciencia; y debiera accecharlo el Estado, dando vuelo

á las Bibliotecas accesibles, introduciendo cada día una mejora en ventaja del público, en ventaja de nuestro cerebro.

Algunas veces, exponiendo este criterio mío á individuos del respetable cuerpo de Bibliotecarios, les he oído repetir que la mayoría de los lectores que acuden á las Bibliotecas no van tanto para instruirse como para leer libros pecaminosos, novelones sicilípticos ó tratados disolventes. Así será, pero eso ni quita ni pone al asunto. No es, ciertamente, el mejor medio de que se curen estos resabios amontonar dificultades, cercenar horas y hacer del Catálogo impreso un mito. El día en que existiese tal Catálogo, al hojearlo se les despertarían á los lectores otras curiosidades de mejor ley. Pedirían otros libros, de los cuales han oído hablar confusamente, sin tener la esperanza de manejarlos nunca. En Francia la gente más modesta se halla familiarizada con los clásicos: lee á Molière, á La Rochefoucauld, á Montaigne. ¿Quién sabe si aquí llegaría la multitud á leer á Cervantes, á conocer á Lope de Vega, señores de los cuales, no titubeo en asegurarlo, poquísimos sabrán más que el nombre?

Hace unos días fuí á Alcalá de Henares á presenciar la entrada de los Húsares, que regresaban de Melilla. Mi hijo había formado como voluntario entre esa lucida tropa. Al bajarnos, en la estación, un chicuelo se empeñó en ser nuestro cicerone, con la esperanza de una fabulosa propina de cincuenta céntimos —aun cuando le aseguré honradamente que había estado en Alcalá varias veces y podía arreglármelas sola. —El chico, impertérrito, siguió enseñándome la Compluto monumental. Este es el palacio de don Fulano, esta la catedral, esta la Plaza... Aquella estatua es la de Cervantes. Me incliné hacia el chiquillo.

—¿Y qué hizo ese señor de Cervantes, para que le alzasen una estatua?

—Eso no lo sé...

No me indigné poco ni mucho de que un desarrapado de Alcalá no sepa lo que hizo la figura de bronce que se alza en el centro de la Plaza, dominando la universitaria ciudad. Recordaba que, en años anteriores, se me había ocurrido preguntar á varios jóvenes que tenían su carrera concluida si habían leído el *Quijote*. Muchos, titubeando, afirmaron que sí; otros guardaron un silencio embarazoso. Quise saber la opinión que formaban del libro nacional los que habían, según confesión propia, recorrido sus páginas de oro. Algunos salieron del paso diciendo que era «muy bonito»; otros declararon que esas cosas antiguas no les hacían felices; uno ó dos, valientes, proclamaron que ello será cosa muy buena, pero que les había aburrido... Y uno solo, al oírlo, me dijo irónicamente: «Tiene ese libro la ventaja de que, comprándolo y colocándolo en un estante, da postín y dispensa de comprar otros. Se hacen incesantemente ediciones del *Quijote*, pero no por eso crea usted que muchos pasan de aquello del rocín flaco y el galgo corredor.»

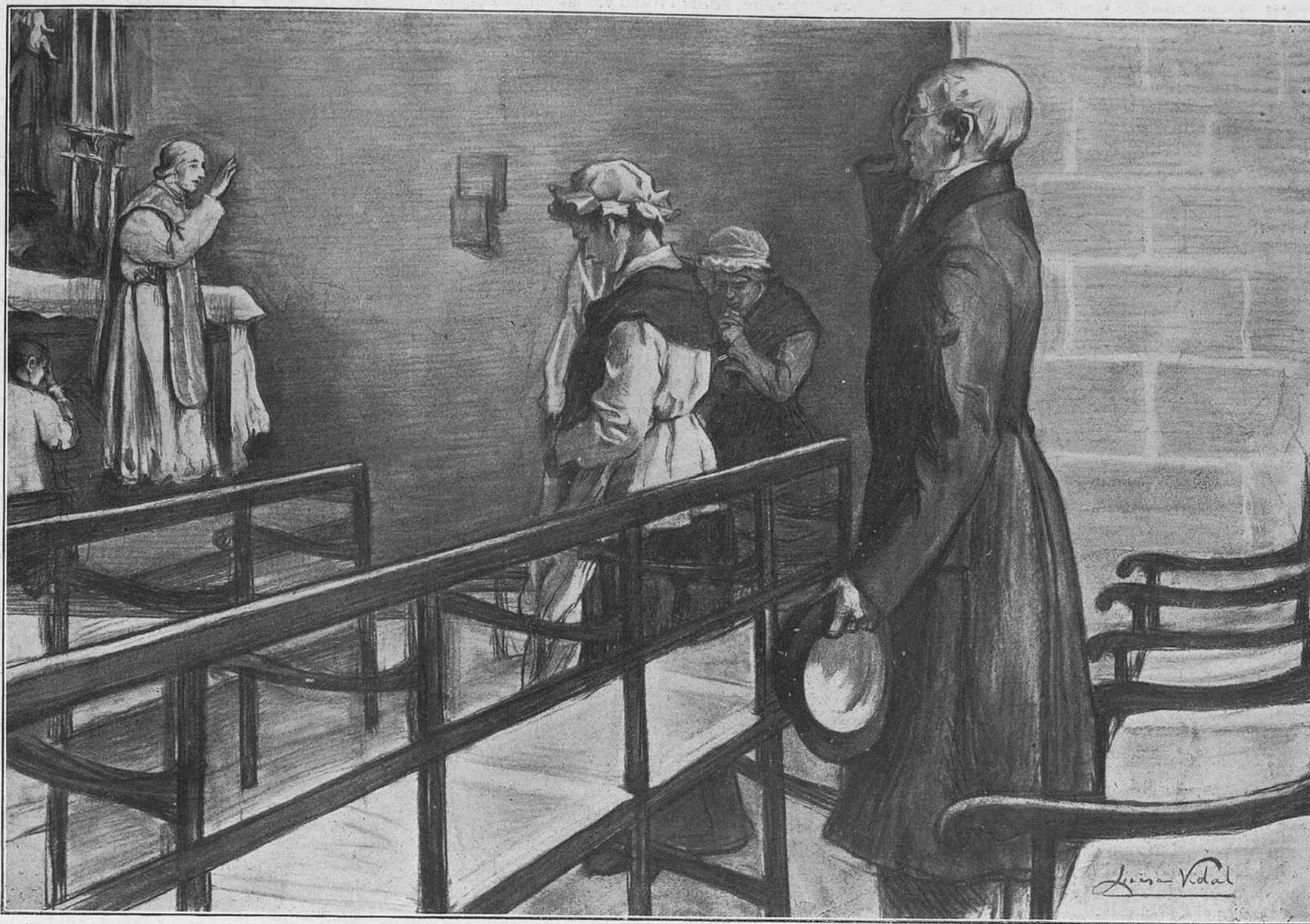
¿Quién será capaz de calcular lo que podría valer para España el que se leyese, el que cada pueblo tuviese su Biblioteca oficial y pública, modesta y copiosa, facilísima de instalar en los edificios de los Ayuntamientos, de sostener con un humilde empleado de dos pesetas diarias! Crear la costumbre de la lectura; dar ese pan de papel á ricos y pobres, sería tan bueno como higienizar, como dotar de agua á las tierras sedientas y de semilla á los labradores en años de escasez. El cerebro nacional está tan necesitado de que lo desmonten, aren y siembren como los eriales y los enormes descampados del centro de España. No se sospecha qué cosechas mágicas rendiría un cerebro tan despierto y tan virgen, que, hablando colectivamente, puede afirmarse que es un cerebro de niño.

En una misión he visto la avidez con que los aldeanos recogían las hojas impresas. No todos, acaso no muchos, sabrían leer; no importa, se lo leerían, ó sencillamente lo guardarían sin saber lo que contuviese, como guardan, á título de talismán, los versículos del Evangelio cosidos y colgados al cuello en una bolsa.

Si hay superstición fomentable, es esta: la superstición de la lectura, la superstición de lo intelectual. Porque necesitamos leer, y de la lectura saldrá la reflexión, y de la reflexión la extirpación de muchos y muy bárbaros errores. Que hay quien no entiende lo que lee... De acuerdo, pero esta contingencia es desdeñable. Unos entienden, otros barruntan, y todos ganan. Cualquier conflicto es más temible en un país de ignorancia, como toda cualquier infección es peor en una vivienda abandonada y sucia. Hay que leer, amigo presidente Canalejas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA ÚLTIMA MISA, CUENTO DE ARTURO DOURLIAC (1), dibujo de Luisa Vidal

Al volverse el arcipreste para pronunciar como pesaroso el *ite, missa est*, vi que su pálido semblante se iluminaba

Alfonso Daudet escribió *La última clase*, obra maestra de emoción y de fe patriótica; mi abuelo Exuperio, que había sido monaguillo en tiempo de la Revolución, relatábame, en mi primera juventud, *La última misa*, y aunque no ponía mucho arte en su narración, yo le escuchaba sin cansarme, tan lejanos y fabulosos me parecían aquellos hechos en una época en que las pasiones religiosas parecían dormidas para siempre y en que nadie creía ya en las guerras de religión, tan anticuadas como las armaduras de nuestros mayores ó los fusiles de chispa.

—En aquel tiempo, hijo mío, no era yo tan alto como tú, ni tampoco tan buen muchacho. La santa de mi madre, mujer muy piadosa, habíame recomendado tan bien al arcipreste, que éste consintió en admitirme como monaguillo, más que por mis méritos por consideración á ella..., y algo quizás por contrariar al Sr. de Anse, de quien mi madre era ama de llaves y que profesaba las ideas filosóficas, como entonces se decía.

Era el tal señor un viejo solterón y un gran sabio, al decir de las gentes, pues ya comprenderás que yo entendía muy poco en tales cosas; tenía montones de libros griegos y estaba siempre enfrascado en un tal Homero, que vivió en los tiempos de Maricastaña y le daba más que hacer que los vivos. Cuando encontraba la comida pasada ó las yemas de huevo frías, ya podía afirmarse que había estado de pelea con aquel individuo, porque de no ser así era el hombre de mejor pasta, incapaz de decir «no» á un niño, ni de hacer daño á una mosca. Pero aquel Homero hubiera sido capaz de llevarlo al infierno, y aunque de carácter sedentario, había estado en Italia y hasta entre los turcos, todo por causa de aquel pedantón. ¡No le había hecho correr pocas tierras y ensuciar pocos papeles! A mí me daba dolor de cabeza verle sentado junto á su mesa, al lado de la ventana de su vieja casa de la calle de la Judería, próxima á la puerta de San Espiridión, escribiendo,

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

siempre escribiendo, sin levantar la nariz del papel y tan absorto, que algunas veces los pilluelos de la población se divertían, al pasar, en ponerle sobre el casquete un saltamontes, que le bajaba por el cuello ó se posaba en su portapluma, causándole no poca sorpresa... Entre aquellos pilluelos estaba yo en más de una ocasión... ¡Qué diantre, éramos tan niños!

El Sr. de Anse, que también llevaba el apellido de Villosón y que pertenecía á la nobleza, aunque de ello no se enorgullecía, había nacido en Corbeil, en aquella vieja mansión familiar, y sido bautizado en San Espiridión, su parroquia; pero desde que llegara á la edad de hombre no había puesto los pies en la iglesia, con gran sentimiento de mi pobre madre, que se dolía de tener que verse condenada por cuidar y mimar á un hereje, y que, á pesar de su adhesión, le habría abandonado á todos sus dioses paganos, Júpiter, Plutón, Marte y Venus, á quienes él, gesticulando con un libro en la mano, echaba largos discursos, de no haber sido por las visitas del padre Mauzaise, el arcipreste, que todas las semanas iba á jugar unas partidas de chaquete con su antiguo discípulo. Esto la tranquilizaba respecto de su propia salvación, pues el cura era un santo.

La intimidad entre ambos habría sido inexplicable, de no haber mediado el recuerdo de aquellos años de seminario, en los cuales Gaspar y Juan Bautista, tan grave y recogido el uno como el otro, prometían ser, andando el tiempo, dos lumbreras de la Fe. Desgraciadamente, mientras el uno seguía su camino recto, el otro se dejaba desencaminar por algunos malos conocimientos, entre ellos dos escritorzuelos, que no debían ser gran cosa á juzgar por la indignación con que el excelente cura hablaba de aquel pillastre de Arouet y de aquel bergante de Voltaire. El Sr. de Anse, que por más que sabía el griego no tenía muy sólido el magín, se lo había llenado con las tonterías de aquella gentuza y á consecuencia de ello eran tan violentas las discusiones entre él y el arcipreste, que habrían acabado muchas veces tirándose los dados á la cabeza, si no hubiese sido por la afición que los dos tenían al chaquete y también á una mala obra en no sé cuántos tomos que ellos llamaban *La Ilada*.

—En ciertos pasajes se acerca al Evangelio, decía con cierta compunción el padre Mauzaise.

—Evidentemente es superior á la *Enriada*, confesaba el Sr. de Anse.

Para mí, como comprenderás, todo aquello era como si hablasen en gringo, pero tanto y tanto oí repetírselo, que al fin llegó á metérselo en la sesera.

Aunque las visitas del arcipreste eran siempre de noche, aquella amistad poco ortodoxa provocaba á veces las murmuraciones de las devotas y aun motivó algunas denuncias al obispo; pero el Sr. de Anse tenía buenas relaciones en la corte y había desempeñado algunas comisiones de Luis XVI, y monseñor se hacía el sordo.

—Es preciso convertir á los pecadores por la persuasión, y el arcipreste es muy capaz de ello, decía con indulgencia el prelado.

No pensaba yo así, dicho sea entre nosotros; y el Sr. de Anse, cuando perdía la partida de chaquete decía en tono burlón:

—Gáname los cuartos, en buena hora; pero por lo que hace á mi alma, te desafío á que la conquistes.

—Amigo mío, contestábale el padre Mauzaise con dulzura, dedicaré estas ganancias á misas por tu conversión.

Y el otro le replicaba furioso:

—Nunca entraré en tu iglesia, nunca, como no sea después de muerto.

Pero en este mundo nadie puede decir: «De esta agua no beberé.»

\*\*\*

La Revolución, que trastornaba todo el reino, no había respetado nuestra pacífica comarca, y las lenguas, soltándose al compás del tic tac de los molinos ó del golpeteo de las palas de lavar, no se ocupaban más que de política, del rey, de la Asamblea, de La Fayette, de los Derechos del hombre, de la Constitución civil del clero; en una palabra, de una porción de cosas que afortunadamente tú no verás, y digo afortunadamente porque oyendo hablar de ellas había para perder la cabeza.

El Sr. de Anse, que al principio había acogido con entusiasmo los Estados generales, se enfriaba poco a poco á medida que iban calentándose los ce-

rebros. Había aplaudido, sí, el 14 de julio, con la toma de la Bastilla, en donde parece que había estado encerrado el Sr. de Voltaire (á menos de que fuese Arouet); pero el 6 de octubre, el 20 de junio y el 10 de agosto habíase acordado de que Luis XVI era, á pesar de todo, un buen hombre...

Además, los bienes del clero confiscados, los conventos cerrados, los sacerdotes obligados á prestar un juramento que su conciencia reprobaba..., aunque se sea volteriano, como él decía, el que tiene el sentimiento de la justicia está siempre al lado de los perseguidos y contra los perseguidores... Y desde entonces ya no atacaba al señor arcipreste en punto á su religión y hasta un día le citó un hermoso verso que aún recuerdo:

Si no existiera Dios, habría que inventarlo,

verso que el bueno del sacerdote hubo de aplaudir á pesar de ser de aquel maldito Voltaire á quien tanto detestaba, lo cual demuestra que todas esas gentes encienden una vela á Dios y otra al diablo.

Una mañana, dirigíame á la Colegiata para ayudar la primera misa; hacía un frío seco, el hielo estaba duro y yo no había podido resistir al deseo de dar algunos resbalones sobre el Essonne helado. Esto había sido causa de que me retrasase algo..., y aun quizás hubiera hecho novillos, pues, ¡qué diantre!, hombres libres éramos y las sotanas no nos daban ya miedo alguno, á no haber sido cierto temor vago de sucesos imprevistos. La víspera había habido un conciliábulo entre el padre Mauzaise y su amigo, que al despedirse habíanse dado las manos efusivamente, como personas que no han de verse más. Y cuando mi madre acompañó á su casa al arcipreste, éste le había preguntado tímidamente, mientras ella se enjugaba los ojos con el delantal:

—¿Vendrá Exuperio á ayudar la misa mañana?

—¡Pues no faltaría más! ¡Pobre de él si no va!

Así es que con satisfacción habíame visto partir antes de la hora sin sospechar mi propósito de echar una cana al aire.

Cuando llegué jadeante á la iglesia, el padre Mauzaise estaba ya en el altar y el viejo sacristán le ayudaba la misa con voz temblona. Éste, al verme, hizome seña de que me apresurase y muy bajito me dijo:

— Habría sentido que hubieses faltado por última vez.

—¿La última vez?

—Sí, el cura juramentado llega esta noche... y el señor arcipreste se marcha.

Miré consternado al padre Mauzaise, que estaba muy pálido y muy tranquilo. Para aquella misa matinal, á la que sólo asis-

tían algunas viejas, pues no había corrido la voz de que fuese la última que decía el arcipreste, había revestido un alba de encajes y su casulla dorada de las

sados y enterrados por él; á los inocentes que dormían aún en sus cunas, á los muertos que en el cementerio reposaban y hasta á los que en aquella hora blasfemaban contra Dios y contra él en sus clubs.

Cuando besaba el altar, veíase como si quisiera llevarse todas aquellas piedras consigo; y cuando se volvía, su mirada, pasando sobre los escasos fieles arrodillados y atravesando las tinieblas del templo, iba, á pesar suyo, á acariciar por última vez los sitios familiares, en donde quedaba un poco de su alma y que tenía que abandonar á manos indignas...; las fuentes bautismales, en las que, la víspera todavía, derramaba el agua santa sobre la frente de un recién nacido, el hijo del carretero, hombre de ideas exaltadas; el confesionario, en donde á veces tenía que echar un sueñecito, por que no siempre los penitentes tienen pecados interesantes..., y el púlpito, desde el cual había predicado en desierto, á juzgar por los resultados de la hora presente... Y sin embargo, no había sembrado más que la buena semilla de la palabra y del ejemplo, y no era culpa suya si la cosecha había sido mala, si la simiente había caído en tierra demasiado dura. Nada tenía que reprocharse...; de ello hubieran podido ser buenos testimonios los vivos y los muertos.

Naturalmente era yo de demasiado joven y demasiado atolondrado para comprender bien aquellas cosas, pero sentía á mi manera que el señor arcipreste debía tener una gran pena y me remordía la conciencia por mi negligencia en aquella mañana. Procuré demostrarle mi arrepentimiento, siguiendo con gran celo todos sus movimientos, no olvidando ni una genuflexión, no distrayéndome ni un instante, y tan atento en servirle estuve, que se acabó la misa sin haber yo siquiera observado que mi madre estaba en su banco.

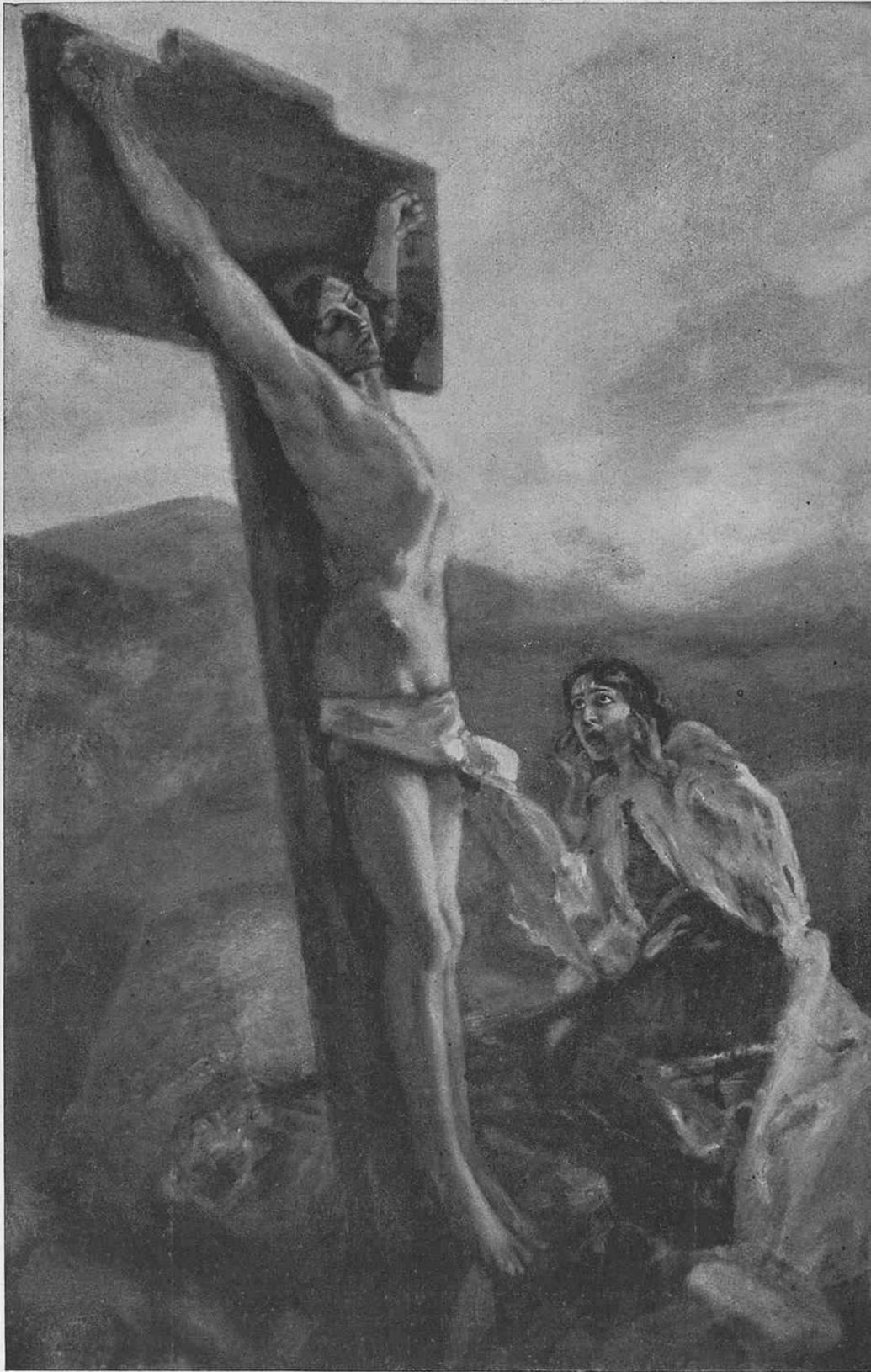
De pronto, al volverse el arcipreste para pronunciar como pesaroso el *Ite, missa est*, vi que su pálido semblante se iluminaba con un rayo de alegría tal, que que-

dé deslumbrado y seguí maquinalmente la dirección de su mirada. Un hombre, á quien yo había vislumbrado vagamente arrodillado en la sombra, habíase

levantado en aquel momento y ahora dábale de lleno la luz: ¡era el Sr. de Anse! Con los ojos clavados en los de su amigo el arcipreste, parecía decirle: «¡Sí, yo soy! He venido para que te lleves al destierro el recuerdo consolador de una última victoria.»

Pero no había acudido solamente por amistad...

Y mientras el sacerdote, radiante de gozo y con la diestra levantada, pronunciaba las palabras de bendición, el otro inclinó su frente rebelde y con lento ademán, sin duda como cuando estaba en el seminario, hizo la señal de la cruz. Volvía á ser cristiano.— A. D.



Crucifixión, cuadro de Alberto Keller. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich, 1909.)



Pietà, cuadro de Oscar Zwintscher

quería estrechar entre ellos á todos los que durante treinta años habían sido bautizados, instruídos, ca-

mo cuando estaba en el seminario, hizo la señal de la cruz. Volvía á ser cristiano.— A. D.



«Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.»  
cuadro de E. Pohle



Cristo y las Santas Mujeres,  
cuadro de R. Seuffert

ARTE CRISTIANO

La religión cristiana ha sido en todas las épocas y en todos los pueblos civilizados fuente inagotable de inspiración para los artistas, y aun períodos ha habido en que las bellas artes, especialmente la pintura, han tratado los asuntos religiosos con preferencia á todos los demás.

Ello era debido principalmente á dos causas, de una parte, á que los templos y conventos constituían los únicos consumidores, por decirlo así, del mercado artístico, los que mejores emolumentos pagaban á los pintores, y de otra á que el espíritu religioso, profundamente arraigado en éstos les hacía preferir tales temas á todos los demás, ya que ninguno de los que la vida profana les ofrecía les llegaba tanto al alma ni, por ende, les inspiraba tanto como los que la religión les brindaba.

Poco á poco estas causas fueron desapareciendo; cesó la preeminencia de la Iglesia, entibiáronse los sentimientos religiosos de los pueblos, y el arte emprendió otros derroteros, en los cuales el género á que nos referimos ha acabado por ser simplemente una rama y no de las más cultivadas de la pintura.

Y no ha sido sólo en extensión en lo que ha perdido el arte cristiano, ha sido también en intensidad;



Pietà, cuadro de Carlos Hartmann

los artistas que de asuntos religiosos tratan no los sienten como los sintieron los grandes maestros de

de un Fra Filippo Lippi, de un Murillo, de un Rafael Sanzio.— S.

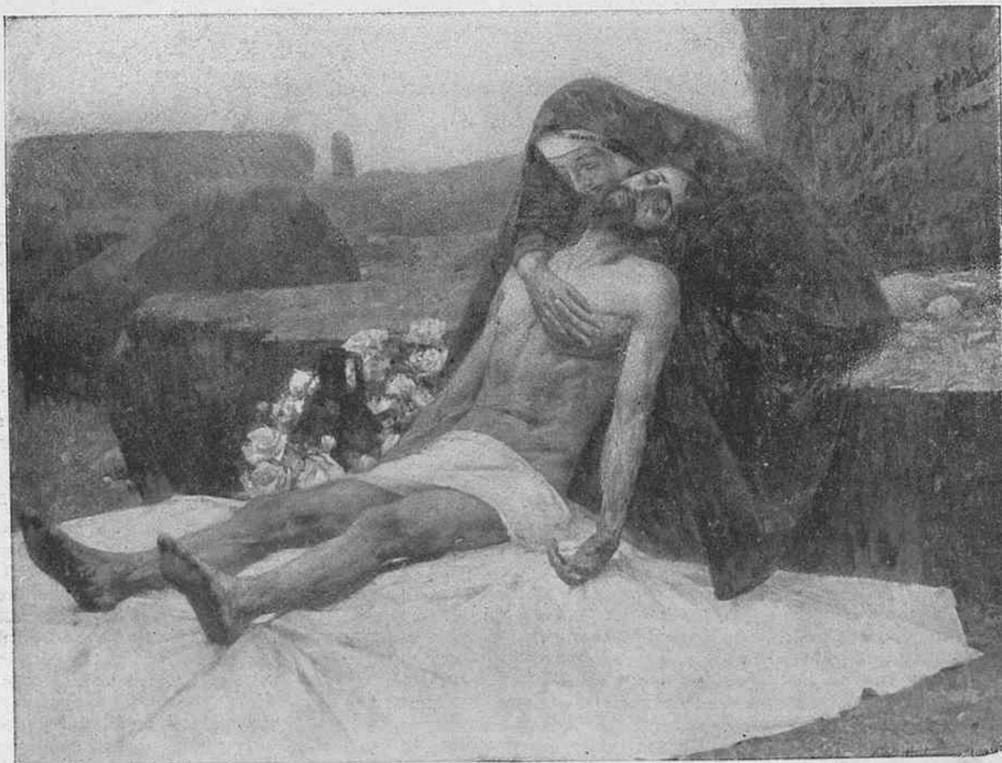
las épocas pasadas; ven los temas desde un punto de vista más humano y los expresan más humanamente, y así sus obras, que cautivan por sus cualidades de composición y de técnica, no producen en quien las contempla la verdadera emoción estética que las figuras ó las escenas por ellos representadas han de producir.

No queremos significar con esto que tales obras no sean bellas, más bellas aún, si se quiere, artísticamente consideradas, que muchas de la edad de oro de la pintura religiosa, pero por punto general no dicen á nuestro espíritu lo que le dicen aquellas otras.

Véanse, en prueba de ello, los cuadros que en el presente número reproducimos, escogidos entre los de los mejores especialistas de nuestros días; todos ellos son hermosos; el crítico más exigente no hallará en ellos más que motivos de alabanza; pero el hombre de fe, el que siente profundamente no sólo las verdades sino también las personas y las cosas del cristianismo, no se sentirá conmovido en lo más hondo de su ser, como se siente en presencia de los lienzos de un Fra Angélico, de un Fra Bartolomé,

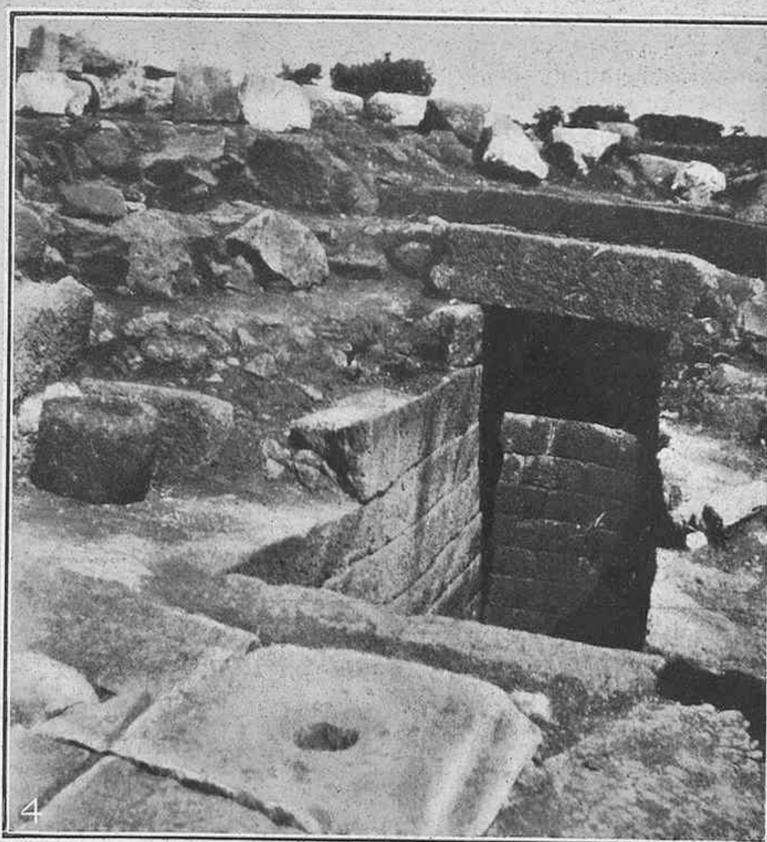


Mater Dolorosa, cuadro de A. Ehtler



Pietà, cuadro da Jacolo Smits

## DESCUBRIMIENTOS PREHISTÓRICOS EN CERDEÑA.—LOS «NURAGHI» DE SERRI



1. — Estatuita votiva en bronce que, según algunos, representa una divinidad infernal y, según otros, la «Magna Sardonum Mater.»  
 2. — Estatuita en bronce que representa un jefe de tribu (*princeps*) con su manto y su bastón de mando.

3. — Boca del pozo sagrado desde la que se bajaba al fondo por una escalera construída con losas de lava.  
 4. — Pronao, ó vestíbulo de entrada del templo, en el que hay el altar para las libaciones y en donde se abre el pozo sagrado.

Entre los monumentos prehistóricos, los *nuraghi* de Cerdeña son indudablemente de los más importantes ya que, en cierto modo, nos revelan la vida social de las primeras tribus que se establecieron en las playas septentrionales del Mediterráneo. Los *nuraghi* son torres cónicas rodeadas de murallas ciclópeas que recuerdan las primitivas construcciones de los pelagos formadas de gruesos bloques de piedra sin cemento. Como los historiadores antiguos nada dicen sobre tan interesantes monumentos, los arqueólogos han estado luchando con grandes dificultades para señalar el papel que representó su arquitectura; así es que aun dentro del siglo XX casi estamos tan adelantados en este punto como estaba Diodoro de Sicilia que atribuía la formación de los *nuraghi* á Dédalo, sin tomarse el trabajo de dar la menor explicación científica de su afirmación. ¿Eran viviendas, templos, fortificaciones, monumentos triunfales?

Para elucidar este problema, el gobierno italiano dispuso que se practicasen excavaciones sistemáticas en toda la extensión de las zonas nurágicas, y se recogiesen poco á poco los elementos históricos y técnicos por los cuales pudiera venirse en conocimiento así del modo de ser social de aquellos pueblos remotos, como de la estructura y aplicación de tan extrañas construcciones. Gracias á esto ha podido descubrirse que los *nuraghi* sirvieron de viviendas temporales, en las que se refugiaban las poblaciones sardas en caso de invasión ó de guerra. Recientemente en las inmediaciones de Cagliari se encontraron elementos de importancia capital para la arqueología de esa época histórica tan discutida. Se han encontrado las ruinas de un templo con caracteres arquitectónicos protoegipcios, cuyas principales características son: un *pronaos* y un *pozo sagrado* ó santuario de 11 metros de diámetro, con una

puerta de entrada, un altar y todos los accesorios rituales para la celebración de un culto. Entre los objetos descubiertos son especialmente notables y preciosos dos estatuitas en bronce, de las cuales una representa un *princeps* ó jefe de tribu, y otra, única en el mundo en opinión del profesor Teramelli, una mujer sentada con un niño en brazos, que se supone ser una divinidad infernal, Tellus ó Proserpina, ó quizás la «Magna Sardonum Mater.» Alrededor del templo están las viviendas de los sacerdotes, encerradas dentro de un recinto fortificado, de lo que se deduce que los *nuraghi* fueron construídos con un fin militar y religioso, como lugares de peregrinación y de asilo, en donde los primeros sardos podían refugiarse, defenderse contra las incursiones del enemigo y practicar al mismo tiempo la religión que profesaban. — T.

(Fotografías de Carlos Trampus.)

CINCUENTENARIO DEL NATALICIO DEL NOTABLE PINTOR SUECO ANDERS ZORN



Anders Zorn.—Escuela de pintura de Zorn en Mora (Dalecarlia, Suecia). (De fotografías de Carlos Trampus.)



Aldeana sueca, cuadro de Anders Zorn



Junto al arroyo, cuadro de Anders Zorn

Anders Zorn es indudablemente el pintor sueco más conocido en el extranjero; sus obras han sido admiradas en todas partes y él mismo es un cosmopolita que ha vivido en el viejo y en el nuevo mundo. Desde hace algunos años, empero, se ha establecido en Mora, junto al lago Silján, en medio de los inmensos bosques de abetos de la Dalecarlia; allí, en aquella aldea en donde nació y en donde se ha construido una pinto-

resca vivienda, ha celebrado el gran artista el cincuentenario de su nacimiento, y con este motivo puede decirse que ha recibido el homenaje de toda su patria por boca del príncipe Enrique de Suecia, también pintor distinguido, que acudió á Mora á llevarle las felicitaciones de la nación entera. Con ocasión del jubileo del artista celebráronse en la comarca grandes y originales festejos, siendo uno de los más intere-

santes la marcha de las antorchas sobre la nieve, por la cual se deslizaban en sus *skis* los aldeanos dalecarlios vestidos con sus típicos y pintorescos trajes nacionales. Anders Zorn es un pintor para quien las dificultades técnicas no existen; es asimismo uno de los mejores grabadores contemporáneos y un notabilísimo escultor que modela lo mismo la piedra y la madera que los metales preciosos.



GRUPO DE RETRATOS, cuadro de Franz Hals, adquirido por la Galería Nacional de Londres por 625.000 pesetas



COSTUMBRES DE VAL DI ROSE (ITALIA). - VIERNES SANTO. LA CEREMONIA DE LOS DOS CRÁNEOS, dibujo de Riccardo Pellegrini

LA PROPAGANDA IBERO-AMERICANA EN PARÍS

CONFERENCIA DE D. MANUEL LINARES RIVAS

Es costumbre muy arraigada en París la de las conferencias públicas; hombres de ciencia, artistas de todos los géneros,



El aplaudido autor dramático D. Manuel Linares Rivas, que ha inaugurado con una notable conferencia en el teatro del Athenée los «Lunes ibero americanos,» organizados en París por D. Gabriel R. España. (De fotografía de World's Graphic Press.)

literatos, políticos, en una palabra, representantes de todas las modalidades del intelectualismo contemporáneo, las dan en sesiones aisladas ó en series, ora en teatros, ora en salas especialmente destinadas á tal objeto. Y en ellas lo mismo se explica una teoría ó un descubrimiento científicos ó se dilucida un punto de historia, que se desarrolla un tema de arte ó se leen poesías y otros trabajos literarios, no siendo escasas aquellas en que se tratan otros asuntos menos elevados ó se efectúan exhibiciones más mundanas.

Estas conferencias tienen su público numeroso y escogido, en el que el sabio alterna con la dama elegante y el desaliñado bohemio con el más apuesto dandy, unidos todos en el mismo deseo, ansia de saber en unos, simple curiosidad ó cuestión de moda en otros, de escuchar la palabra del sabio consagrado por la fama, ó de alentar á un poeta no bien comprendido, ó de deleitarse con las agudezas de algún célebre causeur.

Aprovechando lo favorable de ese medio ambiente, un periodista español tan inteligente como activo, Gabriel R. España, ha querido que la intelectualidad de su patria fuese conocida por este procedimiento en la gran urbe cosmopolita y al efecto ha organizado en la elegante sala del teatro del Athenée los llamados «Lunes ibero-americanos» con el propósito de que nuestras eminencias en todos los ramos del saber humano den en ellos sus conferencias, en castellano, por supuesto.

Inauguró los «Lunes ibero-americanos» el aplaudido autor dramático D. Manuel Linares Rivas y hay que reconocer que la elección del primer conferenciante no ha podido ser más acertada, ya que pocos le aventajan en punto á ingenio, gracia y elegancia en el decir, que son precisamente las cualidades indispensables en estas disertaciones y sobre todo en París, en donde el *sprit* tiene sin duda alguna su principal asiento.

minaba, por ser él mismo autor de *El caballero Lebo*, cuyos personajes son también animales como en la obra de Kostand, fué por él tratado de una manera admirable, con una amenidad deliciosa y una profusión de rasgos de ingenio que cautivaron á la concurrencia, en la que había no sólo gran número de españoles y americanos, sino además muchas notabilidades del intelectualismo parisiense.

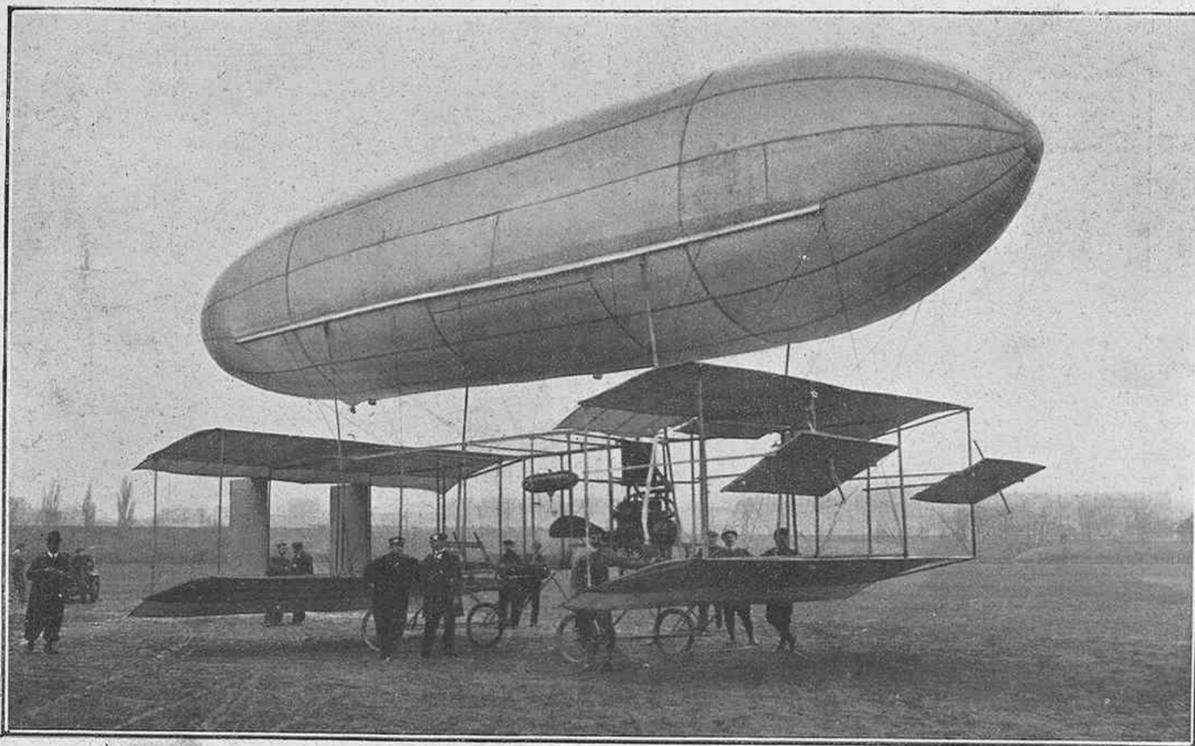
La ovación que obtuvo el Sr. Linares Rivas fué tan grande como unánime y espontánea.

El iniciador de los «Lunes ibero-americanos» cuenta ya, según parece, para conferencias sucesivas con la condesa de Pardo Bazán, los hermanos Alvarez Quintero, Echegaray, Ramón y Cajal, Pérez Galdós, Costa, Unamuno, Dicenta y otros sabios y literatos españoles, así como con ilustres personalidades de la América latina.

BARCELONA.-EXPOSICIÓN DE AERONÁUTICA

En los grandiosos salones del establecimiento que en el Paseo de Gracia tiene el Sr. Reig, se ha inaugurado hace pocos días la primera Exposición de Aeronáutica celebrada en España que ha sido organizada por la Asociación de Locomoción Aérea.

Ocupa la planta baja del establecimiento y en ella se ven hasta ciento cincuenta modelos de aeroplanos de todos los sistemas conocidos hasta la fecha y de algunos



Aeroplano mixto César, recientemente ensayado con buen éxito en Issy-les-Moulineaux (De fotografía de M. Rol.)

de invención reciente que en la actualidad están ensayándose. Además de estos modelos hay dos aparatos de tamaño natural del Sr. Brunet y gran número de fotografías. Todos los expositores son españoles.

La exhibición es verdaderamente curiosa y á ella han contribuido todas las sociedades de aviación de Barcelona, y en ella tienen dos secciones especiales el Club Aéreo Santos Dumont y la Juventud Aviadora española.

El Comité ejecutivo, que preside el sabio inventor teniente

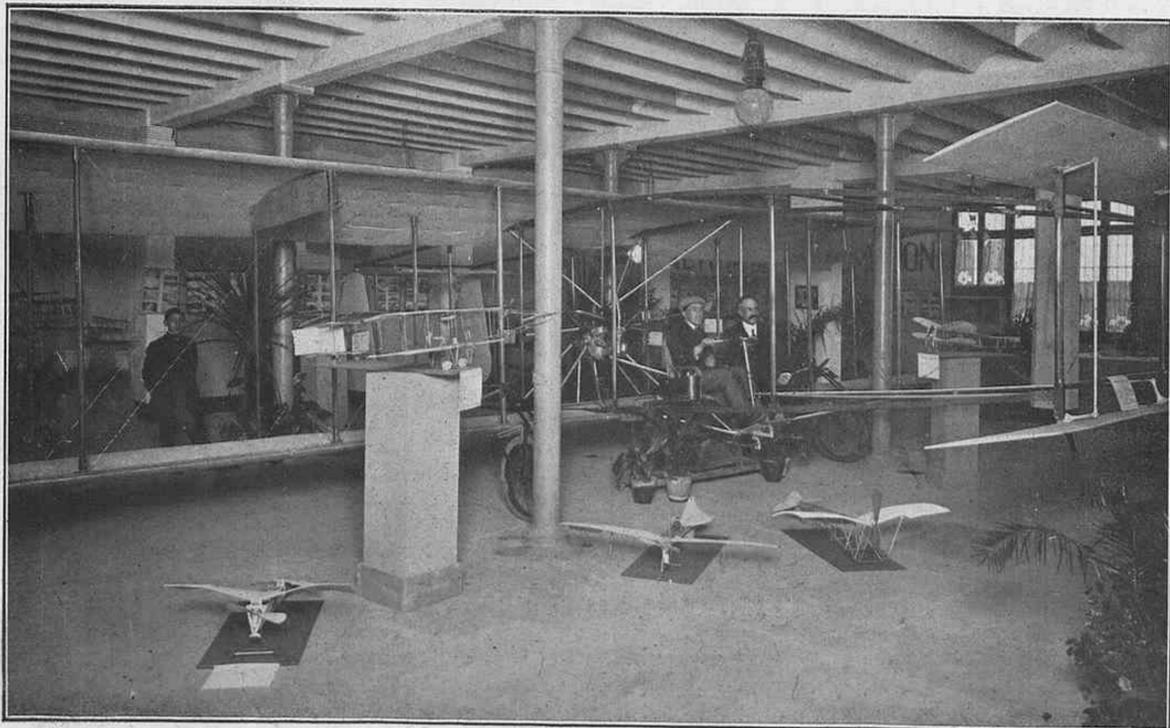
AEROPLANO MIXTO CÉSAR

En el campo de aviación de Issy-les-Moulineaux se han efectuado recientemente los primeros ensayos de este aparato inventado por M. César. Como se ve en el adjunto grabado, trátase de un doble biplano acoplado á un globo, en forma de cigarro y de cien metros cúbicos de cabida.

El motor es del sistema Prini y Berthaud, de 50 caballos de fuerza.

Las pruebas hasta ahora realizadas han sido simplemente preliminares, y aunque han dado resultados satisfactorios, nada puede aventurarse aún sobre la bondad del aparato mientras no se hagan las definitivas, que en breve se llevarán á cabo.

**Espectáculos.**—BARCELONA.—En el «Palau de la Música Catalana» ha dado un concierto notabilísimo el eminente pianista Sr. Malats. Componían el programa la *Sonata número 4* de Beethoven, *Leyenda* de Paderewski, *Humoresque* de Tchaikowski, *Arabesque* de Debussy, *Estudio en forma de vals* de Saint-Saens y siete números del genial poema *Iberia* del malogrado Albéniz. La interpretación de todas estas piezas fué magistral; en cada una de ellas puso Malats toda su alma de artista y su maravillosa ejecución, y muy especialmente en los fragmentos de *Iberia*, que dijo de una manera insuperable. La selecta concurrencia que llenaba el grandioso local tributó á Malats una ovación continuada.



Barcelona.—Exposición de Aeronáutica que actualmente se celebra en los salones del establecimiento del Sr. Reig. (De fotografía de A. Merletti.)

La conferencia del Sr. Linares Rivas versó sobre «Los animales en el teatro,» y este asunto, de actualidad teniendo en cuenta las representaciones de *Chantecler*, y que el orador do-

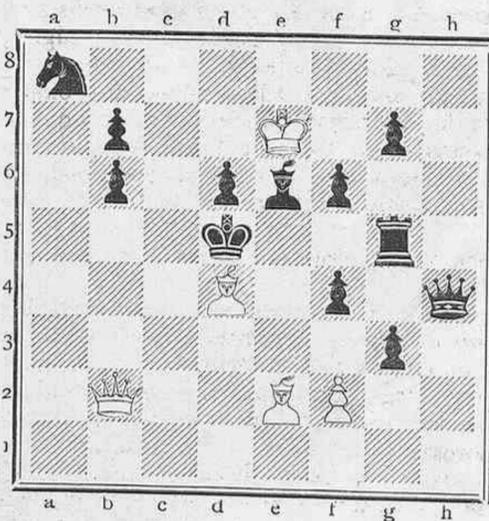
coronel de la guardia civil D. Leoncio Ponte, ha sido elicitadísimo por el buen éxito de la Exposición. Esta, desde que se inauguró, está siendo muy visitada por numeroso público.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 539, POR V. MARÍN

Mención honorífica en el Torneo de *Deutsches Wochenschach*, 1907.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 538, POR V. MARÍN

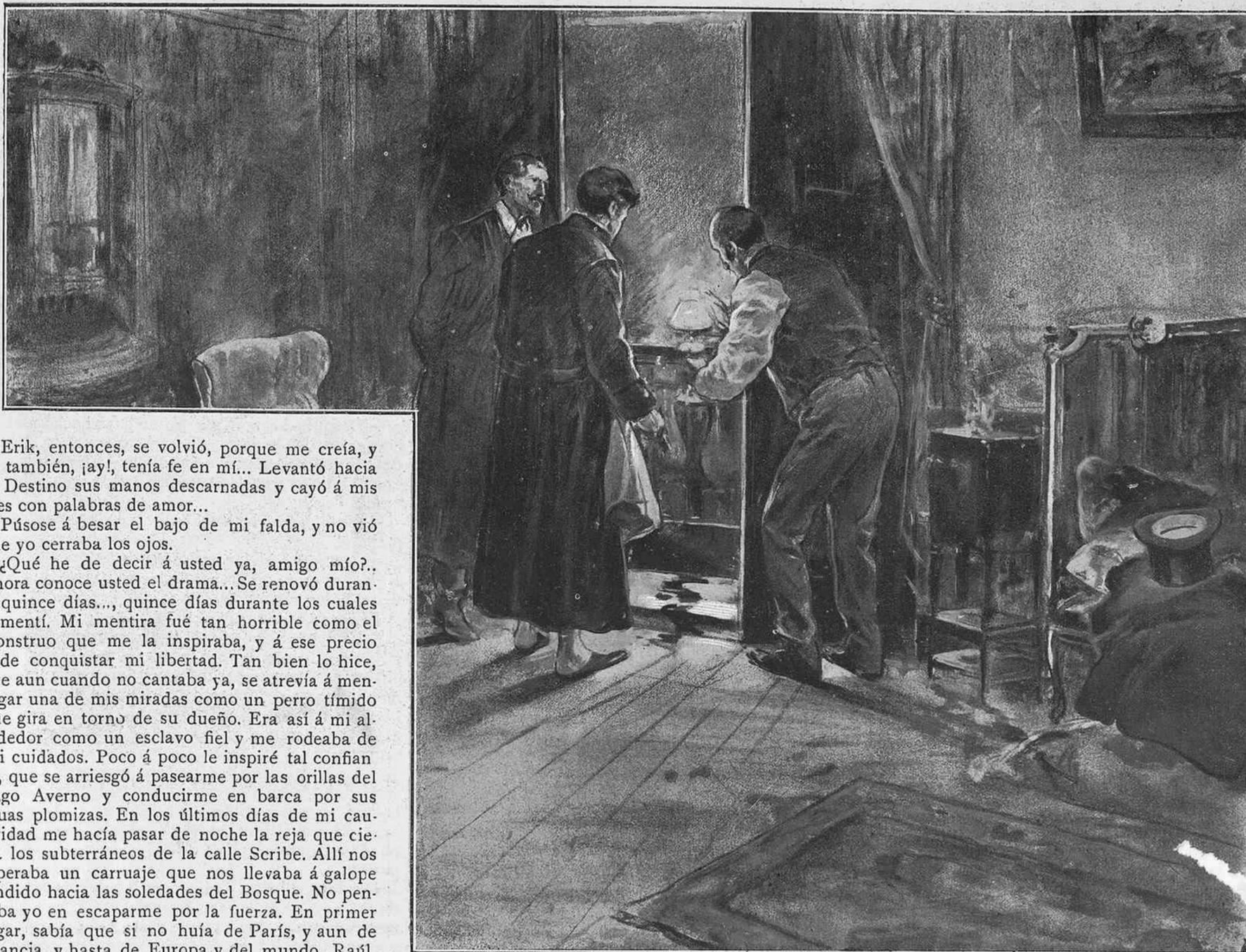
- |                |                |
|----------------|----------------|
| Blancas.       | Negras.        |
| 1. C d6-c4     | 1. d5xc4       |
| 2. D d7-d3     | 2. Cualquiera. |
| 3. T ó D mate. |                |

VARIANTES.

- |                   |                        |
|-------------------|------------------------|
| 1.... D a3xa4;    | 2. g5-g6 jaque, etc.   |
| 1.... Rh4-g4;     | 2. C c4-e5 jaque, etc. |
| 1.... Ab8xc7;     | 2. D d7xc7, etc.       |
| 1.... Ab8-a7;     | 2. D d7-d6, etc.       |
| 1.... Otra jug.ª; | 2. g5-g6 jaque, etc.   |

## EL FANTASMA DE «LA ÓPERA»

NOVELA ESCRITA POR GASTON LEROUX.—ILUSTRADA POR ARCADIO MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)



Erik, entonces, se volvió, porque me creía, y yo también, ¡ay!, tenía fe en mí... Levantó hacia el Destino sus manos descarnadas y cayó á mis pies con palabras de amor...

Púsose á besar el bajo de mi falda, y no vió que yo cerraba los ojos.

¿Qué he de decir á usted ya, amigo mío?.. Ahora conoce usted el drama... Se renovó durante quince días..., quince días durante los cuales le mentí. Mi mentira fué tan horrible como el monstruo que me la inspiraba, y á ese precio pude conquistar mi libertad. Tan bien lo hice, que aun cuando no cantaba ya, se atrevía á mendigar una de mis miradas como un perro tímido que gira en torno de su dueño. Era así á mi alrededor como un esclavo fiel y me rodeaba de mi cuidados. Poco á poco le inspiré tal confianza, que se arriesgó á pasearme por las orillas del Lago Averno y conducirme en barca por sus aguas plomizas. En los últimos días de mi cautividad me hacía pasar de noche la reja que cierra los subterráneos de la calle Scribe. Allí nos esperaba un carruaje que nos llevaba á galope tendido hacia las soledades del Bosque. No pensaba yo en escaparme por la fuerza. En primer lugar, sabía que si no huía de París, y aun de Francia, y hasta de Europa y del mundo, Raúl, aquel hombre me encontraría, pero sabía que le tenía en mi poder y que la hora de mi libertad estaba próxima. La noche en que encontramos á usted en el bosque estuvo á punto de ser trágica, pues tiene unos celos terribles de usted, que no he podido combatir más que afirmándole su próxima partida... En fin, después de quince días de aquella abominable cautividad, en la que fuí alternativamente abrasada de piedad, de entusiasmo, de desesperación y de horror, me creyó cuando le dije: «*Volvére...*»

—¡Y volvió usted, Cristina!, gimió Raúl con voz sombría.

—Es verdad, Raúl, y debo decir que no fueron las espantosas amenazas que profirió al ponerme en libertad las que me ayudaron á cumplir mi palabra, sino el sollozo desgarrador que lanzó en el umbral de su tumba... Sí, aquel sollozo, repitió Cristina moviendo dolorosamente la cabeza, me encadenó al desgraciado más de lo que suponía yo misma en el momento de la despedida. ¡Pobre Erik! ¡Pobre Erik!

—Cristina, dijo Raúl levantándose, dice usted que me ama, y apenas habían pasado unas horas después de ser puesta en libertad, volvía usted al lado de Erik... ¡Recuerde usted el baile de máscaras!

—Estaban así convenidas las cosas... Recuerde, Raúl, que esas horas las pasé con usted... con gran peligro de los dos...

—Durante aquellas horas dudé que usted me amase.

—¿Lo duda usted aún, Raúl?.. Sepa usted entonces que cada uno de mis viajes al lado de Erik ha aumentado mi horror hacia él, pues cada uno de esos viajes, en lugar de apaciguarle, como yo esperaba, le ha vuelto loco de amor... ¡Y tengo miedo!..

—Tiene usted miedo... ¿Pero me ama usted?.. ¿Me amaría usted, Cristina, si Erik fuese hermoso?..

—¡Desgraciado!.. ¿Para qué tentar al destino?.. ¿Para qué preguntarme cosas que yo oculto en el fondo de mi conciencia como se oculta el pecado?

Se levantó á su vez, rodeó con sus brazos temblorosos la cabeza del joven y le dijo:

—¡Oh mi prometido de un día! Si no le amase á usted no le daría mis labios. Por primera y última vez, aquí están.

El joven los tomó, pero en la noche que los rodeaba hubo tal desgarramiento, que ambos huyeron como á la vista de una tempestad, y sus ojos, en los que vivía el espanto de Erik, les enseñaron, antes de desaparecer en la selva de los techos, arriba, encima de ellos, una inmensa ave nocturna que los miraba con sus ojos de brasa y que parecía agarrada á las cuerdas de la lira de Apolo...

## XVI

## UN GOLPE MAESTRO DEL AFICIONADO Á ESCOTILLONES

Raúl y Cristina corrieron, corrieron... Ahora huían del techo en que estaban los ojos de brasa que no se ven más que en la noche profunda; y no se detuvieron hasta el octavo piso bajando hacia la tierra. Aquella noche no había función y los bastidores de la Opera estaban desiertos.

—Lo que me obliga usted á hacer es cobarde, Cristina, dijo Raúl, que estaba muy emocionado. Me hace usted huir, y es la primera vez en mi vida.

—¡Oh!, exclamó; sangre..., sangre..., aquí..., allí...

—¡Bah!, respondió Cristina, que empezaba á calmarse, creo que no hemos huído más que de la sombra de nuestra imaginación.

—Era Erik; tenía los ojos de brasa de que usted me ha hablado. He debido clavarle en la lira de Apolo como se clavan las lechuzas en las paredes de nuestras granjas bretonas, y no se hubiera hablado más de eso.

—No, mi buen Raúl; hubiera usted tenido que subir ante todo á la lira de Apolo, y no es una ascensión fácil.

—Los ojos de brasa estaban en ella.

—¡Vaya! Ya está usted, como yo, dispuesto á verle en todas partes; pero después se reflexiona y se piensa: lo que he tomado por los ojos de brasa no eran acaso más que los clavos de oro de dos estrellas que miraban la ciudad á través de las cuerdas de la lira.

Y Cristina bajó aún un piso. Raúl la siguió y dijo: —Puesto que está usted enteramente decidida á marcharse, Cristina, aseguro una vez más que sería mejor huir en seguida. ¿Por qué esperar á mañana? ¡Acaso nos ha oído esta noche!

—¡No, no! Le repito á usted que está trabajando en su *Don Juan triunfante* y no se ocupa de nosotros.

—Está usted tan poco segura, que no cesa de mirar hacia atrás.

—Vamos á mi cuarto.

—Citémonos más bien fuera de la Opera.

—¡Jamás hasta el minuto de nuestra fuga! Nos traería la desgracia el no cumplir mi palabra. Le he prometido no ver á usted más que aquí.

—Y todavía es dichoso para mí que le haya á usted permitido eso. ¿Sabe usted, dijo amargamente Raúl, que ha estado usted muy audaz permitiéndome el juego del noviazgo?

—Pero, querido, él está al corriente. Me dijo: «Tengo confianza en usted, Cristina; Raúl de Chagny está enamorado de usted y debe marcharse. ¡Que antes de irse, sea tan desgraciado como yo!»

—¿Y qué significa eso?

—Soy yo quien debiera preguntárselo á usted, amigo mío. ¿Tan desgraciado se es cuando se ama?

—Sí, Cristina, cuando se ama y no se está seguro de ser amado.

—¿Dice usted eso por Erik?

—Por Erik y por mí, respondió el joven moviendo la cabeza con expresión pensativa y desolada.

En esto llegaron al cuarto de Cristina.

—¿Cómo se cree usted más segura en este cuarto que en el teatro?, preguntó Raúl. Puesto que le oía usted á través de las paredes, también él puede oírnos.

—¡No! Me ha dado su palabra de no estar más detrás de las paredes de mi cuarto, y yo creo en la palabra de Erik. Mi cuarto y mi cámara en el *departamento del Lago* son míos exclusivamente y sagrados para él.

—¿Cómo pudo usted dejar este cuarto para ser transportada al pasillo obscuro, Cristina? ¿Quiere usted que tratemos de repetir sus movimientos?

—Es peligroso, amigo mío, porque el espejo podría arrebatarle otra vez, y en vez de huir estaría obligada á ir hasta el fin del pasaje secreto que conduce á las orillas del lago y llamar allí á Erik.

—¿Y la oíría á usted?

—Erik me oíría dondequiera que le llamase... Así me lo ha dicho. Es un curioso genio. No hay que creer, Raúl, que es simplemente un hombre que se divierte en habitar debajo de tierra. Hace cosas que ningún hombre podría hacer y sabe cosas que ignora el mundo viviente.

—¡Cuidado, Cristina! Va usted á pintar de nuevo un fantasma.

—No, no es un fantasma; es un hombre del cielo y de la tierra; nada más.

—¡Nada más!.. ¡Cómo habla usted!.. ¿Y está usted decidida á huir de él?

—Sí, mañana.

—¿Quiere usted que le diga por qué querría yo huir esta noche?

—Diga usted, amigo mío.

—Porque mañana no estará usted decidida á nada absolutamente.

—Entonces, Raúl, me llevará usted á pesar mío. ¿No está decidido?

—¡Ah! pues, mañana por la noche, á las doce y media, el joven con acento sombrío. Suceda lo que quiera, cumpliré mi promesa. ¿Dice usted que después de haber oído la función, debe esperarla en el comedor del lago?

—Allí es, en efecto, donde me ha dado cita.

—¿Y cómo debe usted ir hasta él, Cristina, si no sabe salir por el espejo?

—Yéndome directamente á la orilla del lago.

—¿A través de todos los fosos? ¿Por los pasillos por que pasan los maquinistas y los dependientes? ¿Cómo conservará usted el secreto de semejante paso? Todo el mundo seguirá á Cristina Daé y llegará usted con una multitud á la orilla del lago.

Cristina sacó de un cofrecillo una enorme llave y se la enseñó á Raúl.

—¿Qué es esto?, preguntó el joven.

—La llave de la reja del subterráneo de la calle de Scribe.

—Comprendo, Cristina; ese subterráneo conduce directamente al lago. Deme usted esa llave, ¿quiere usted?

—¡Jamás!, respondió Cristina con energía. Se la enviaré á Erik depositándola en el palco del fantasma. Es preciso que Erik pueda volver tranquilamente á su casa por las noches.

De repente, Raúl vió que Cristina cambiaba de color y que sus facciones se cubrían de una palidez mortal.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó. ¡Erik! ¡Erik! ¡Tenga usted piedad de mí!

—¡Cállese usted!, ordenó el joven. ¿No me ha dicho usted que no podía oírnos?

Pero la actitud de la cantante se hacía más y más inexplicable. La joven se cruzaba los dedos unos con otros y repetía con expresión extraviada:

—¡Oh, Dios mío!.. ¡Oh, Dios mío!..

—¿Pero qué hay? ¿Qué hay?, preguntó Raúl.

—El anillo.

—¿Qué pasa con el anillo? Se lo ruego, Cristina, sosiéguese usted.

—El anillo de oro que él me había dado...

—¡Ah, era Erik quien le había dado á usted el anillo...

—Bien lo sabía usted, Raúl. Pero lo que no sabe es que me dijo al darme: «Devuelvo á usted su libertad, Cristina, pero con la condición de que este anillo permanecerá siempre en su dedo. Mientras usted le conserve, estará preservada de todo peligro y Erik será su amigo. Pero si alguna vez se separa usted de él, desgraciada de usted, Cristina, porque Erik se vengará...» ¡Amigo mío!.. ¡Amigo mío!.. ¡El anillo no está ya en mi dedo!.. ¡Desgraciados de nosotros!..

En vano le buscaron á su alrededor; no le encontraron. Y la joven no se calmaba.

—Ha sido mientras concedí á usted aquel beso, allá arriba, debajo de la lira de Apolo, intentó explicar temblando. El anillo se habrá escurrido de mi dedo y habrá caído á la calle... ¿Cómo encontrarlo ahora? ¿Y de qué desgracia, Raúl, estamos amenazados? ¡Ah! ¡Huir, huir!

—Huir en seguida, insistió una vez más Raúl.

Cristina titubeó y el joven creyó que iba á decir sí... Pero sus claras pupilas se nublaron y dijo:

—¡No, mañana!..

Y se separó de él inmediatamente, en completo desorden, continuando el ademán instintivo de cruzar los dedos, con la esperanza, sin duda, de que así iba á reaparecer el anillo.

Raúl volvió á su casa muy preocupado con todo lo que había oído.

—Si no la salvo de las manos de ese charlatán, dijo en voz alta en su cuarto, al acostarse, está perdida. ¡Pero la salvaré!..

Apagó la lámpara y sintió en las tinieblas la necesidad de injuriar á Erik. Por tres veces y en alta voz gritó:

—¡Charlatán!.. ¡Charlatán!.. ¡Charlatán!..

Pero, de repente, se incorporó apoyado en un codo y corrió por sus sienes un sudor frío. Dos ojos, dos ojos ardientes como brasas, acababan de encenderse al pie de su cama, y le miraban fija y terriblemente en la negra noche.

Raúl era valiente, y sin embargo, estaba temblando.

Avanzó la mano, vacilante é incierta, hacia la mesa de noche, encontró los fósforos y encendió luz. Los ojos desaparecieron.

Raúl pensó, nada tranquilo:

—Me ha dicho Cristina que sus ojos no se ven más que en la obscuridad. Los ojos han desaparecido con la luz, pero él está acaso ahí todavía.

Se levantó, buscó, dió prudentemente la vuelta al cuarto y miró debajo de la cama, como un niño. Entonces se encontró ridículo y dijo en voz alta:

—¿Qué creer, qué no creer de semejante cuento de duendes? ¿Dónde acaba lo real y comienza lo fantástico? ¿Qué ha visto Cristina? ¿Qué ha creído ver?

Y añadió trémulo:

—Y yo mismo, ¿qué he visto? ¿He visto los ojos de brasa hace un momento? ¿No han brillado en mi imaginación? Hete aquí que no estoy seguro de nada y que no prestaría juramento sobre esos ojos.

Volvió á acostarse y de nuevo se quedó á oscuras.

Los ojos reaparecieron.

—¡Oh!, suspiró Raúl.

Y sentado en la cama, miraba á su vez los ojos todo lo valientemente que podía. Después de un rato de silencio, que él ocupó en reunir todo su valor, exclamó de repente:

—¿Eres tú, Erik? Hombre, demonio ó fantasma, ¿eres tú?

Y reflexionó:

—¡Si es él, está en el balcón!

Corrió entonces en camisa á un mueblecillo, en el que cogió á tientas un revólver. Armado, abrió el balcón. La noche estaba extremadamente fresca. Raúl no hizo más que echar una ojeada al balcón desierto, entró y cerró las vidrieras. Después se acostó tiritando, con el revólver á su alcance en la mesa de noche.

Apagó de nuevo la bujía.

Los ojos seguían estando allí, en el extremo de la cama. Estaban entre la cama y el balcón ó detrás de los cristales, es decir, en el balcón.

Esto era lo que Raúl quería saber. Quería saber también si los ojos pertenecían á un ser humano... Quería saberlo todo...

Entonces, paciente y fríamente, *sin alterar la noche* que le rodeaba, el joven cogió de nuevo el revólver y apuntó.

Apuntó á las dos estrellas de oro que seguían mirándole con tan singular brillo inmóvil. Apuntó un poco más arriba de las dos estrellas. ¡Ciertamente! Si esas estrellas eran ojos, y si encima de esos ojos había una frente, y si Raúl no era muy torpe...

La detonación sonó con terrible estrépito en la paz de la casa dormida... Y mientras se oían por los pasillos pasos precipitados, Raúl, sentado en la cama, con el brazo extendido, pronto á tirar de nuevo, esperaba...

Esta vez, las dos estrellas habían desaparecido.

Luz, gente, el conde Felipe terriblemente ansioso.

—¿Qué hay, Raúl?

—Hay... que creo que he soñado, respondió el joven. He tirado á dos estrellas que no me dejaban dormir.

—¡Tú divagas!.. ¿Estás malo?.. Te lo ruego, Raúl, ¿qué ha sucedido?

Y el conde se apoderó del revólver.

—No, no, no divago... Por lo demás, vamos á saber...

Se levantó, púsose una bata, calzóse las zapatillas, tomó una luz de manos de un criado, abrió la vidriera y salió al balcón.

El conde había echado de ver que la vidriera había sido agujereada á la altura de un hombre. Raúl estaba inclinado en el balcón con su bujía.

—¡Oh!, exclamó; sangre..., sangre..., aquí..., allí... ¡Mejor!.. ¡Un fantasma que sangra... es menos peligroso!..

—¡Raúl! ¡Raúl! ¡Raúl!

El conde le movía como si hubiera querido hacer salir á un sonámbulo de su peligroso sueño.

—Pero, hermano mío, no estoy dormido, protestó Raúl impaciente. Puedes ver esa sangre como todo el mundo. Había creído soñar y tirar á dos estrellas. Eran los ojos de Erik, y aquí tienes su sangre...

Y añadió, inquieto de repente:

—Después de todo, puede que haya hecho mal en tirar y Cristina es capaz de no perdonármelo... Nada de esto hubiera ocurrido si hubiera yo tenido la precaución de correr las cortinas del balcón al acostarme.

—¡Raúl! ¿Te has vuelto loco de repente? ¡Despiértate!

—¿Otra vez? Mejor harías ayudándome á buscar á Erik..., porque, en fin, un fantasma que echa sangre debe de ser posible encontrarle...

El ayuda de cámara del conde dijo:

—Es verdad, señor, que hay sangre en el balcón.

Un criado trajo una lámpara, al resplandor de la cual se pudo examinar todo. La huella de sangre seguía la rampa del balcón, iba hasta un canalón y subía á lo largo de él.

—Amigo mío, dijo el conde Felipe, has tirado á un gato.

—Lo malo, dijo Raúl en un tono sarcástico que sonó dolorosamente en los oídos del conde, es que la cosa es muy posible. ¡Con Erik no se sabe nunca!.. ¿Es Erik? ¿Es el gato? ¿Es el fantasma? ¿Es carne ó es sombra? ¡No, no! Con Erik no se sabe jamás...

Desde aquel día, Raúl empezó á decir esas cosas raras que respondían tan íntima y lógicamente á las preocupaciones de su mente y que eran natural consecuencia de las confidencias extrañas, al mismo tiempo reales y de apariencia sobrenatural, de Cristina Daé. Y aquellas frases no contribuyeron poco á persuadir á mucha gente de que la razón del joven empezaba á perturbarse. El mismo conde se dejó engañar, y después, el juez de instrucción, por los informes del comisario de policía, no tuvo mucho trabajo para resolver.

—Raúl, ¿quién es Erik?, preguntó el conde oprimiendo la mano del joven.

—Es mi rival, y si no ha muerto, tanto peor.

Con un ademán hizo salir á los criados.

La puerta de la habitación se cerró dejando dentro á los dos Chagny; pero los criados no se alejaron tan de prisa que el ayuda de cámara del conde no pudiera oír á Raúl pronunciar distintamente y con fuerza:

—Esta noche me llevo á Cristina Daé.

La frase fué repetida después al juez de instrucción Faure, pero no se supo nunca exactamente lo que se dijeron los dos hermanos en aquella entre vista.

Los criados contaron que no era la primera vez que una disputa los hacía encerrarse. Oíanse gritos á través de las paredes y siempre se trataba de una comediante que se llamaba Cristina Daé.

Tomando el desayuno, que le era servido siempre al conde en su despacho, Felipe dió orden de que dijese á su hermano que tenía que hablarle. Raúl llegó sombrío y mudo. La escena fué muy corta.

*El conde.*—Lee esto.

Felipe entrega á su hermano un periódico, «La Época», y le señala con el dedo el suelto siguiente:

El vizconde lee con los dientes apretados:

«Una gran noticia del barrio aristocrático. Hay promesa de matrimonio entre la señorita Cristina

Daé, artista lirica, y al señor vizconde Raúl de Chagny. Si hay que creer las hablillas de bastidores, el conde Felipe ha jurado que, por primera vez, los Chagny no cumplirán su promesa. Como el amor, en la Opera más que en otra parte, es todopoderoso, no se sabe qué medios podrá emplear el conde Felipe para impedir al vizconde, su hermano, que lleve al altar a la Nueva Margarita. Se dice que los dos hermanos se adoran, pero que el conde se engaña enteramente si espera que el amor fraternal cederá ante el amor á secas.»

*El conde (triste).*—Ya ves, Raúl, que nos pones en ridículo... Esa chiquilla te ha vuelto enteramente la cabeza con sus historias de aparecidos.

(El vizconde había contado á su hermano el relato de Cristina).

*El vizconde.*—¡Adiós, hermano!

*El conde.*—¿Está decidido? ¿Te vas esta noche (el vizconde no responde)... con ella?... ¡No harás semejante tontería! (silencio del vizconde). Yo sabré impedirlo...

*El vizconde.*—¡Adiós, hermano!

(Se marcha).

Esta escena ha sido contada al juez de instrucción por el conde mismo, que no debía ver á su hermano Raúl más que aquella noche, en la Opera, unos minutos antes de la desaparición de Cristina.

Todo el día, en efecto, lo dedicó Raúl á los preparativos del rapto.

Los caballos, el coche, el cochero, las provisiones, los equipajes, el dinero necesario, el itinerario—no debían tomar el ferrocarril para despistar al fantasma,—todo esto le ocupó hasta las nueve de la noche.

A las nueve, una especie de berlina cuyas cortinillas estaban corridas en las portezuelas herméticamente cerradas, fué á tomar la fila por el lado de la rotonda. Estaba enganchada á dos vigorosos caballos y guiada por un cochero del que era difícil distinguir las facciones, tan oculta llevaba la cara en los largos pliegues de un tapabocas. Delante de esta berlina se encontraban tres coches. La instrucción estableció después que eran los de la Carlota, vuelta de repente á París, de la Sorrelly y, á la cabeza, del conde de Chagny. Nadie bajó de la berlina. El cochero permaneció en el pescante. Los otros tres cocheros siguieron igualmente en los suyos.

Una sombra envuelta en un gran manto negro pasó por la acera entre la rotonda y los coches. La sombra pareció contemplar más atentamente la berlina, se acercó á los caballos, después al cochero, y se alejó sin haber pronunciado una palabra. La instrucción creyó más adelante que aquella sombra era la del vizconde de Chagny; yo no lo creo, pues aquella noche, como las otras, el vizconde llevaba un sombrero de copa alta que, por lo demás, fué encontrado. Pienso más bien que aquella sombra era la del fantasma mismo, que estaba al corriente de todo, como vamos á ver en seguida.

La sala estaba brillante y el noble *faubourg* magníficamente representado. En aquella época los abonados no cedían, no alquilaban, no subarrendaban sus palcos, ni los compartían con la banca, el comercio y los extranjeros. Hoy, en el palco del marqués de tal, palco que es así llamado porque el marqués es su propietario por contrato, se arrellana algún tratante en cerdos, que está en su derecho, puesto que paga su palco al marqués. En otro tiempo esas costumbres eran casi desconocidas. Los palcos de la Opera eran salones en los que se estaba seguro de encontrar á las personas del gran mundo, que, algunas veces, eran aficionadas á la música.

Toda aquella buena sociedad se conocía sin visitarse por eso necesariamente. Pero se ponían todos los nombres en las caras y la fisonomía del conde de Chagny no era ignorada de nadie.

El suelto aparecido por la mañana en «La Epoca» había debido de producir ya su efecto, pues todos los ojos estaban vueltos hacia el palco en que el conde Felipe, de apariencia indiferente y expresión descuidada, se encontraba enteramente solo. El elemento femenino de aquella brillante asamblea parecía singularmente preocupado por la ausencia del vizconde, que daba ocasión á murmuraciones detrás de los abanicos. Cristina Daé fué acogida bastante fríamente. Aquel público especial no le perdonaba el haber mirado tan alto.

La diva se dió cuenta de la mala disposición de una parte del público y se quedó turbada.

Los habituados, que pretendían estar al corriente de los amores del vizconde, no se privaron de sonreír en ciertos pasajes del papel de Margarita. De este modo se volvieron ostensiblemente hacia el palco de Felipe de Chagny cuando Cristina cantó la frase: «Yo quisiera saber quién era aquel hombre, si es algún gran señor y cuál es su nombre.»

Con la barbilla apoyada en la mano, el conde no

parecía fijarse en esas manifestaciones. Miraba á la escena... ¿Pero la veía?... Parecía lejos de todo...

Cristina perdía cada vez más su aplomo. Temblaba... Iba á una catástrofe... Carolus Fonta se preguntaba si estaría enferma y si podría permanecer en escena hasta el fin del acto, que era el del jardín. El público recordaba la desgracia ocurrida al fin de este acto á la Carlota y el «quiquiriquí» histórico que había suspendido momentáneamente su carrera en París.

Justamente, la Carlota se presentó entonces en un palco del centro y su entrada produjo sensación. La pobre Cristina levantó los ojos hacia aquella nueva causa de emoción. Conoció á su rival y le pareció verla burlarse. Aquello la salvó; lo olvidó todo, y por una vez, pudo triunfar.

Desde aquel momento cantó con toda su alma, trató de sobrepasar á todo lo que había hecho hasta entonces, y lo consiguió. En el último acto, cuando empieza á invocar á los ángeles y á levantarse de la tierra, arrastró en su vuelo á toda la sala frenética y pudo creerse que tenía alas. Al oír aquella llamada sobrehumana, un hombre se puso en pie en el anfiteatro, frente á la cantante, como si en el mismo momento también él dejase la tierra... Era Raúl.

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes!  
¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes!

Y Cristina, con los brazos extendidos, envuelta en gloria, suelta la cabellera en los hombros desnudos, lanzaba el clamor divino:

Llevad mi alma al seno de los cielos.

En este momento se produjo en el teatro una brusca obscuridad. Fué aquello tan rápido, que los espectadores tuvieron apenas tiempo de dar un grito de estupor, pues la luz iluminó de nuevo la escena.

Pero Cristina Daé no estaba ya en ella... ¿Qué le había sucedido?... ¿Qué milagro era aquél?... Todo el mundo se miraba sin comprender y la emoción llegó en seguida á su colmo. No era menor el asombro en el escenario que en la sala. Acudióse de los bastidores al sitio en que Cristina estaba cantando y se interrumpió el espectáculo en el mayor desorden.

¿Dónde, pues, dónde se había metido Cristina? ¿Qué sortilegio la había arrebatado á miles de espectadores entusiasmados y de los brazos mismos de Carolus Fonta? En verdad, podía pensarse que los ángeles, accediendo á su ruego inflamado, se la habían llevado realmente, en cuerpo y alma, «al seno de los cielos...»

Raúl, que seguía en pie en el anfiteatro, había lanzado un grito. El conde Felipe se había levantado en su palco. Todo el mundo miraba la escena, al conde y á Raúl, y se preguntaba si aquel curioso acontecimiento estaría relacionado con el suelto aparecido por la mañana en un periódico. Pero Raúl se marchó apresuradamente de su sitio, el conde desapareció del palco, y mientras se bajaba el telón, los abonados se precipitaron á la entrada del escenario. El público esperaba un anuncio con un estrépito indescriptible. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y cada cual trataba de explicar cómo habían pasado las cosas. Unos decían: «Se ha caído por un escotillón;» otros: «Ha sido arrebatada á las bambalinas, víctima, acaso, de algún nuevo mecanismo inaugurado por la nueva empresa;» y otros: «Es una emboscada; lo prueba bastante la coincidencia de la desaparición y de la obscuridad.»

Por fin, se levantó lentamente el telón y Carolus Fonta se adelantó hasta el atril del director de orquesta y anunció con voz grave y triste:

«Respetable público: acaba de producirse un suceso inaudito y que nos tiene en una profunda inquietud. Nuestra compañera Cristina Daé ha desaparecido ante nuestros ojos sin que se pueda saber cómo.»

XVII

SINGULAR PAPEL DE UN ALFILER IMPERDIBLE

En el escenario, era aquello una confusión sin nombre. Artistas, tramoyistas, bailarinas, figurantes, coristas y abonados, todo el mundo preguntaba, gritaba y se empujaba. «¿Qué ha sido de ella?—¿La han robado?—Ha sido el vizconde de Chagny.—No; ha sido el conde.—¡Ah! Ahí está la Carlota... ¡Ella es la que ha dado el golpe!—No; ha sido el fantasma.»

Y algunos se reían, sobre todo desde que un examen atento de las tablas y escotillones había hecho descartar la idea de un accidente.

En aquella multitud ruidosa se notaba un grupo de tres personajes que hablaban en voz baja con ges-

tos desesperados. Eran Gabriel, el maestro de canto, Mercier, el administrador, y el secretario Remy, que se habían retirado al ángulo de un bastidor que comunicaba la escena con el ancho corredor del saloncillo del baile. Allí, detrás de enormes accesorios, estaban parlamentando.

—¡He llamado y no han respondido! ¡No están acaso en el despacho! ¡En todo caso es imposible saberlo, pues se han llevado las llaves!

Así se expresaba el secretario Remy, que indudablemente se refería con estas palabras á los señores directores. Estos habían dado la orden en el último entreacto de no molestarles con ningún pretexto. «¡No estaban para nadie!»

—Con todo, exclamó Gabriel, no se roba una cantante en plena escena todos los días...

—¿Les ha gritado usted eso?, preguntó Mercier.

—Vuelvo allá, respondió Remy.

Y desapareció corriendo.

En esto llegó el traspunte.

—Y bien, Sr. Mercier, ¿viene usted? ¿Qué hacen ustedes aquí los dos? Hay necesidad de usted, señor administrador.

—No quiero hacer ni saber nada antes de que llegue el comisario, declaró Mercier. He enviado á buscar á Mifroid. ¡Ya veremos cuando esté aquí!

—Pues yo le digo á usted que hay que bajar en seguida al aparato central de la luz.

—No antes de que llegue el comisario...

—Yo he bajado ya al aparato.

—¿Y qué ha visto usted allí?

—Pues bien, no he visto á nadie. ¿Entiende usted bien? A nadie.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga?

—¡Evidentemente!, respondió el traspunte pasándose con frenesí las manos por la rebelde cabellera. ¡Evidentemente! Pero, acaso, si hubiera alguien en el aparato, ese alguien podría explicarnos cómo se ha quedado de repente á obscuras la escena. Ahora bien, Mauclair no está en ninguna parte. ¿Comprende usted?

Mauclair era el jefe del alumbrado, que dispensaba á su voluntad el día y la noche en el escenario de la Opera.

—Mauclair no está en ninguna parte, repitió Mercier confuso. Y bien, ¿y sus ayudantes?

—¡Ni Mauclair ni sus ayudantes! No hay nadie en el alumbrado, le digo á usted. Puede usted pensar, grita el traspunte, que esa chica no se ha robado sola... Había en esto un golpe preparado que es preciso saber... ¡Y los directores que no están aquí!.. He prohibido que se baje al aparato y he puesto un bombero en el chiribitil... ¿He hecho bien?

—Sí, sí, ha hecho usted bien... Y ahora, espéremos al comisario.

El traspunte se aleja encogiéndose de hombros, rabioso y mascando injurias á esos «gallinas» que se están tranquilamente metidos en un rincón cuando todo el teatro anda revuelto.

Gabriel y Mercier no estaban nada tranquilos. Pero habían recibido una consigna que los paralizaba. No se debía molestar á los directores por ninguna razón del mundo. Remy había infringido esa consigna y no le había dado resultado.

Justamente, Remy vuelve de su nueva expedición. Su expresión es curiosamente asustada.

—Y bien, ¿les ha hablado usted?, interroga Mercier.

—Moncharmin ha acabado por abrirme la puerta. Se le salían los ojos de la cara y creí que iba á pegarme. No he podido decir ni una palabra, y ¿sabe usted lo que me ha gritado? «¿Tiene usted un alfiler imperdible?—¡No!—Pues bien, déjeme usted en paz...» Quise replicarle que pasaba en el teatro un acontecimiento inaudito, y exclamó: «¡Un imperdible! ¡Deme usted en seguida un imperdible!» Un mozo de la oficina que le oyó, pues gritaba como un sordo, acudió con un imperdible y se lo dió. Moncharmin, en seguida, me dió con la puerta en las narices. Y nada más.

—¿Y no ha podido usted decirle: «Cristina Daé?»

—¡Hubiera yo querido verle á usted allí!.. ¡Echaba espuma por la boca!.. ¡No pensaba más que en su imperdible!.. ¡Creo que, si no se le da en el momento, cae con un ataque de nervios!.. Ciertamente, todo esto no es natural y nuestros directores se están volviendo locos...

El secretario Remy no está contento y así lo hace ver.

—Esto no puede seguir así... No tengo costumbre de ser tratado de este modo...

De repente, Gabriel dice muy bajo:

—Es un nuevo golpe del fantasma de la Opera.

(Se continuará.)

BARCELONA. SALÓN PARÉS.— EXPOSICIÓN DE OBRAS DE ARTE DESTINADAS Á LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BRUSELAS





Barcelona. Salón Parés.—Exposición de obras de arte destinadas á la Exposición Internacional de Bruselas

Llaman actualmente la atención del público y de los inteligentes las obras expuestas en el Salón Parés, que constituyen en cierto modo la ante-exposición de las obras que los artistas catalanes exhibirán en la de Bruselas. Después de las frecuentes exhibiciones parciales ó colectivas en aquel local, en el cual han hallado nuestros artistas el medio apropiado para que pudieran apreciarse de continuo sus méritos, sorprende que los pintores y escultores hayan tenido aliento y entusiasmo para reunir un número tan considerable de obras asaz interesante. Este verdadero esfuerzo se debe seguramente al deseo experimentado por los artistas de nuestro país de corresponder á sus compañeros belgas, no olvidando que en las Exposiciones de Bellas Artes celebradas en Barcelona bajo los auspicios de su Ayuntamiento, la sección de Bélgica ha tenido siempre nutrida y digna representación.

De ahí, pues, que al llamamiento de la Comisión Delegada, presidida por el señor cónsul general de aquella nación, hayan acudido la mayoría de los artistas, figurando en la ante-exposición á que nos referimos, después de la selección llevada á cabo por el Jurado de admisión, elegido por compromisarios designados por las Academias y Sociedades de carácter artístico, cincuenta y un cuadros al óleo, nueve acuarelas, pasteles y dibujos y once esculturas, obras muchas de ellas de artistas venturosamente conocidos y celebrados.

La pintura de paisaje hállase representada por las hermosas producciones de Enrique Galvey, Joaquín Vancells y José Masriera, las que reproducen el jardín del *Generalife* y el encantador *Valle de Sóller*, de Santiago Rusiñol, la *Quietud*, de Modesto Urgell, así como las de Aurelio Tolosa, de Agapito Casas Abarca, A. Ros y Güell, Juan Colom, Magín Oliver, Francisco Casanovas, el *Patio*, de Antonio de Ferrater, José M.<sup>a</sup> Llopis é Ivo Pascual.

Las marinas tienen discreta representación en los lienzos de Alejandro de Cabanyes, Antonio Gelabert, Nicolás Raurich y en la *Cala encantada*, de Joaquín Mir, celebrado autor de *L'hort del rector*, que no deja secar la gama de su sincera paleta.

La pintura de género y costumbres es más nutrida y reviste mayor interés; las dos hermosas valencianas *De dos aguas* y *La dote*, destacándose una de ellas sobre un fondo de árabes azulejos, pregonan el buen gusto y las condiciones de buen colorista de Ricardo Urgell, así como la atrayente escena de costumbres salamanquinas de Carlos Vázquez titulada *La suegra*, brillante de color y rebosante de realidad; el Coro de la catedral de Barcelona, con sus rayos de luz que penetran á través de los vidrios de los ventanales, que iluminan en irisados tonos la esculpura sillería y los ornamentos sacerdotales, de Arcadio Mas y Fondevila; la plácida y sentida figura de la jovencita, que á través de los cristales del balcón, entregada melancólicamente al vuelo de sus pensamientos, recibe los últimos rayos del *Sol ponent*, de Juan Llimona; las simpáticas cabecitas de los dos niños, *Entre amigos*, de Juan Baixas; la agradable figura de la modistilla que suspende su labor para arreglar la palma de su hermanita para que pueda lucirla el *Día de Ramos*, que á Manuel Cusí le ha servido para obtener difíciles tonalidades; *Una gitana* y *En el bar*, de Ricardo Canals; la *Plegaria*, de José M.<sup>a</sup> Xiró; las figuras de las niñas que sobre un paisaje nevado se dirigen al templo para asistir á la *Misa matinal*, de Dionisio Baixeras; *La naranjera*, de Laureano Barrau, tan acertadamente interpretada; *El gañán y la vaca*, de Federico Beltrán; el *Werther*, de Ernesto Soler de las Casas; los dos niños delicada y bellamente representados por Félix Mestres; el *Tonto de Sardañola*, de José de Toghres; la *Dama blanca*, nota obligada de Nestor, con la que contrasta el grupo de *Les austereux*, de Luis Masriera, y la

*Gitana*, de Isidro Nonell, forman el grupo que creemos ha de llamar la atención en el próximo certamen artístico.

Los estudios de desnudo, si bien en corto número, queda éste compensado por la calidad, según lo atestigua *Juventud*, de Ginés Capdevila, dibujado con acierto y pintado con habilidad y delicadeza, y el que á su vez ha presentado Juan Brull, y que se distingue por su vaguedad encantadora.

La *Maris Stella* es la única representación de la pintura religiosa, obra de José M.<sup>a</sup> Tamburini, bella y sentida, inspirada en el elevado concepto del creyente y la poesía del artista.

Escaso es también el número de retratos, pues sólo podemos mencionar los presentados por Félix Mestres y Francisco Torrescasana, completando la agrupación una nota de *Venecia*, de E. de Lasarte, y un motivo decorativo de F. Labarta.

En la sección de acuarelas, dibujos y aguafuertes, por cierto bastante reducida, figuran trabajos de Joaquín Mir, Ernesto Soler de las Casas, Juan Llaberías, Félix Elías, Modesto Urgell, José Ferrer y Francisco Canyellas.

Cuanto á las producciones escultóricas hemos de citar en primer término las obras de Luciano y Miguel Oslé, singularmente la *Recompensa del trabajo*, inspirada en un noble concepto, hondamente psicológico y modelada con amplitud y facilidad; *Los primeros desheredados*, de Rafael Atché, el *Desconsol*, de José Llimona, figurando también obras de José Canals y Antonio Alsina Amils.

De su general examen resulta la determinación de las tendencias que imperan, de los exclusivismos que á algunos dominan y de las escuelas en que militan, de suerte que al estudiar la sección podrán los visitantes de la Exposición formar exacto juicio de la índole del movimiento artístico en nuestro país.

ANTONIO GARCÍA LIANSÓ.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
 SOBERANO contra  
**ASMA**  
 CATARRO, OPRESIÓN  
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN ÉXITO  
 MEDALLAS ORO y PLATA.  
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

data de 1849 Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y tonado  
 Casa CANDÈS 74 St-Denis, 16

**ROB**  
**BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
 \* Célebre Depurativo Vegetal \*  
 cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
 Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.  
 EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
 Todas Farmacias.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

## LIBROS

## RECIBIDOS

REPÚBLICA ARGENTINA. CENSO AGROPECUARIO NACIONAL EN 1908. Censo levantado durante la presidencia del Dr. José Figueroa Alcorta por una comisión compuesta de los señores Alberto B. Martínez, presidente, Dr. Francisco Latzina, Dr. José León Suárez y Emilio Lahitte, vocales. — No es posible en una noticia como las de esta sección dar cuenta de una obra que es verdaderamente monumental. Nos limitaremos, pues, a decir que consta de tres tomos: el primero, de 434 páginas está dedicado a la Ganadería; el segundo, de 526, a la Agricultura; y el tercero, de 722, contiene interesantísimas monografías sobre la Ganadería y la Agricultura en 1908, de especialistas tan eminentes como los señores Latzina, Dai-reaux, Gibson, Du-cloux, Lavenir, Palencia, Maudit, Fynn, Pillado, Girola, Lahitte, Spegazzini, Bidart y Davis. Este tercer tomo contiene, además, cuarenta y cuatro láminas en colores con gráficas de observaciones atmosféricas. Ocioso es decir que en el censo se encuentran cuantos datos puedan de-searse sobre materias agrícolas y pecuarias. Esta obra, que honra a la nación en que se ha realizado y a todos los que en ella han intervenido, ha sido impresa en Buenos Aires en los Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina.



Cristo llorando, cuadro de Bartolomé Montagna, que se conserva en la iglesia de Monte Berico, junto a Vicenza

Bartolomé Montagna nació en Orzinuovi, junto a Brescia, y en 1480 establecióse en Vicerza, en donde murió en 1523. Fué discípulo de Mantegna, el célebre pintor de la escuela veneciana, y probablemente también de Bellini y Carpaccio. Entre sus principales obras, además de la que adjunta reproducimos, merecen citarse los frescos de la *Vida de San Blas*, que se admiran en una iglesia de Verona; una *Virgen en el trono*, que se conserva en el Museo de Berlín; una *Santa Magdalena* que hay en Santa Corona de Milán, y un *Ecce Homo* que se conserva en el Museo del Louvre, de París.

GRANADA. TERCERA PARTE. ALONSO CANO. Por Manuel Lorenzo d' Ayol. — Un folleto de 22 páginas que forma parte del poema en prosa *La Iberiada*. Impreso en Madrid, en la imprenta «El Trabajo»; precio cincuenta céntimos.

SALOMÉ, drama musical en un acto, poema de Oscar Wilde y música de Ricardo Strauss. Traducción catalana aplicada a la música y seguida de la exposición temática, por Joaquín Pena. — Un tomo de 76 páginas con un cuadro sinóptico de los temas musicales, editado en Barcelona por Alvaro Verdguer; precio dos pesetas.

SEGONA SERIE DE CANSONS POPULARS CATALANES. — Interesante colección de 40 bellísimas canciones catalanas, acompañadas de su música respectiva. Un tomo de 120 páginas que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç» que se publica en Barcelona; precio, cincuenta céntimos.

MARÍA MAGDALENA, por Madame d'Arbouville, traducida del francés por María de Peralas y González Bravo. — Un tomo de 146 páginas que contiene, además de la que le sirve de título, otras siete novelitas cortas. Forma parte de la «Biblioteca Patria» que se publica en Madrid (Paseo del Prado, 30); precio una peseta.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APOL DE LOS JORET-HONOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS  
ANEMIA VINO CLOROSIS  
AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

PILULES  
de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C<sup>o</sup>, 40, R. Bonaparte, París.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

**PATE EPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN